

CRISTIANIDAD



23 RAZON DE ESTE NUMERO

No hablaremos del Santo Doctor para exponer al detalle sus doctrinas, sino para esbozar el estudio de su sistema, y sobre todo para poner de relieve su actitud filosófica, verdaderamente filosófica y vital, ante la verdad.

El objeto del presente número es presentar, mejor dicho, hacer consciente en los momentos actuales la figura extraordinaria de Santo Tomás.

Porque, tengase en cuenta, el Doctor Angélico no es un filósofo frío, sino apasionado; latió en sus entrañas un anhelo ferviente y amoroso de verdad, y su vida fué una entrega total a esa búsqueda, alimentada y sostenida por una voluntad que no permitió en ningún caso el desfallecimiento ni el cómodo cerrar los ojos, queremos decir la ligereza.

Por otra parte la conmemoración de Santo Tomás de Aquino nos lleva, como de la mano, a evocar conjuntamente otros temas que según se verá, guardan estrecha relación con su figura. Son estos: la reforma interior de la Iglesia, y el rebrote de pesimismo asiático que asola las tierras del Sur de Francia y Norte de Italia.

Santo Tomás nace, espiritualmente hablando, de Santo Domingo; pero guarda también estrecha relación de parentesco espiritual con San Francisco, el poeta.

Las tres figuras conservan una actualidad perenne, y la tienen mayor, si cabe, en estos tiempos en que la Iglesia y la Sociedad atraviesan horas tan sumamente críticas.

Editorial: Santo Tomás, ejemplo de nuestro siglo.

Sección «**Plura ut unum**»: **San Raimundo de Peñafort**. Sermón por el Canónigo Dr. Llovera, continuación, (pág. 18); **La Iglesia, el retoñar de la secta maniquea y Santo Tomás de Aquino** (págs. 100, 101, 102 y 103); **Santo Tomás y la Educación**, por Francisco Hernanz (págs. 104, 105, 106 y 107); **Santo Tomás explica el Ave María** (págs. 108 y 109); **¿Filosofía escolástica o filosofía tomista?**, por Jaime Bofill (págs. 110, 111 y 112); **Santo Tomás de Aquino y la Divina Comedia**, por Manuel de Montoliu (págs. 113, 114 y 115).

Sección «**Del Tesoro Perenne**», «**Nova et vetera**»: **Un ingeniero portugués habla de Santo Tomás en el Seminario de Porto** (págs. 116 y 117); **El Maniqueísmo** (págs. 118 y 119).

Sección «**A la luz del Vaticano**»: **La Vida. El partido del Papa**, por José Oriol Cuffí Canadell (pág. 120).

Ilustra este número un dibujo de Antonio Marín.



Barata *H*^{nos.} Sucesor

TEJIDOS DE LANA



PL. MARAGALL, 2
TELÉFONO 2322

TARRASA

Hilados y Tejidos de Lana, Astracanes, Terciopelos y Tapicerías

Alegre & Puigbó, S. C.

===== T A R R A S A =====

FÁBRICA
RINCÓN, 13-TELÉFONO 2330

DESPACHO:
PLAZA M. J. VERDAGUER, 13
TELÉFONO 2318

CRISTIANDAD

NÚMERO 23 - AÑO II

SUSCRIPCIÓN:

ANUAL 48' - Ptas.

TRIMESTRAL 12' - »

EJEMPLAR 2'50 »

REVISTA QUINCENAL

1 Marzo de 1945

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

CASPE, 60, 2.º, 1.º - TEL. 24870

BARCELONA

ECHEGARAY, 19 - MADRID

Santo Tomás, ejemplo de nuestro siglo

«Ad hoc veni in mundum, ut testimonium perhibeam veritati». (Jo. XVIII, 37)

Si un cristiano es otro Cristo, más puede decirse de sus Santos. Será entonces legítimo aplicarles las palabras que el Divino Maestro dijo de sí mismo.

Las que encabezan esta nota convienen a Santo Tomás de Aquino de modo particular. "Para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la Verdad". En efecto, entre tantos desvarios de la razón humana, su misión particular ha consistido en ser testigo perenne de la Verdad.

El amor a la Verdad fué la pasión central de su vida. Para servirla, ha llevado hasta tal extremo la renuncia de sí mismo que ha esfumado por completo su personalidad propia, para mostrárnosla únicamente a Ella. Santo Tomás se ha hecho, para contemplar la Verdad, todo ojos.

La belleza de estos ojos y del espectáculo que en ellos se refleja ha sido un don especial de Dios a su Iglesia. Desde entonces, ésta viene complaciéndose en considerar a su través la naturaleza toda, índice mudo que apunta al Creador.

Y si preguntásemos ahora: "¿Qué es la Verdad?" El mismo Santo nos daría implícitamente la respuesta "al confesar a su amigo Buenaventura que la imagen de Jesús Crucificado fué el gran libro donde aprendió todo lo que sabía". Y ¿qué leyó Santo Tomás en este libro? Que "es propio de la naturaleza del Sumo Bien comunicarse a sí mismo en sumo grado y esto lo ha hecho Dios máximamente en la Encarnación". La Bondad infinita de Dios es la Verdad suprema.

* * *

Se ha dicho que no fué en su tiempo, en el siglo trece, sino en el nuestro, en el siglo veinte, cuando la obra de Santo Tomás debe tener su plena eficacia.

Y ciertamente, nunca como ahora la Verdad se había visto más alejada de nuestra humana sociedad.

¿No vemos por doquier el dolo, el trampeo y la hipocresía; el abandono de toda norma ética, la desfiguración voluntaria de los más altos ideales? Y esto en el mandar como en el obedecer, en el inspirar como en el ejecutar, en el combate como en la tregua, entre amigos y entre enemigos: ¡y eso a ciencia y paciencia nuestra, que, advertidos por los Pontífices, culpablemente cerramos los ojos al engaño!

¿Cómo es posible que tanta carencia de verdad no despierte en nosotros el hambre y sed de verdad? ¡Ah! Si así fuera, el Papa nos diría entonces:

"Así como en otro tiempo se dijo a los Egipcios, en extrema escasez de viveres: "Id a José" a que les proveyese del trigo que necesitaban para alimentarse, así a todos cuantos ahora sienten hambre de la verdad les decimos: "Id a Tomás" a pedirte el alimento de la sana doctrina, de que tiene opulencia para vida sempiterna de las almas."

Que si la sana doctrina se ha hecho insoportable a esta generación adúltera; si ha preferido rodearse de falsos maestros que adulen su vanidad y de falsos dirigentes que corrompan sus costumbres dando pábulo a sus perversos deseos, luchemos por lo menos nosotros para devolver a tantas víctimas la verdad verdadera, luchemos por devolver a la sociedad actual Aquel que es el primero de sus bienes: de suerte que de nosotros pueda decirse lo que al principio de estas líneas atribuíamos a Santo Tomás de Aquino: ¡que nuestra vida ha sido constante testimonio ante el mundo de esta Verdad que debe hacerse libre!



Las citas de este Editorial están tomadas de la Encíclica de Pío XI «Studiorum Duces».

San Raimundo de Peñafort

Conclusión)

Y así fué *lo que fué*: el Consiliario de todo el mundo. Su existencia fué larga, pues murió a los cien años, y todavía era confesor y capellán de los Papas. Yo no voy a hacer ahora la enumeración de los actos en que intervino, pues son infinitos, lo mismo en el aspecto civil, que en el eclesiástico, afectando al interés privado como al interés público; todo pasaba por sus manos, y no se sabe que equivocara ni uno. ¿Por qué? Por eso, porque era doctor de prudencia y de justicia, porque estaba formado con los elementos a que me he referido, y sobre todo por la rectitud de su alma, porque su alma estaba unida con Dios Señor nuestro. Él no buscaba más que atraer almas a Dios, y se sacrificaba; sacrificaba sus horas de reposo, su salud, por el bien del prójimo, lo que le permitió dar normas para todas las clases y estados. Supo dar normas a los mercaderes, supo darlas a los médicos; y también a los abogados, y muy interesantes. Les dice a éstos que no han de aceptar una causa injusta o perdida, les habla de qué medios no se han de valer — de testimonios falsos o corrompidos, de la alegación de mentiras o leyes falsas — les recomienda que estudien los asuntos con solicitud y diligencia, sin hacer prevalecer nunca la injusticia sobre la justicia. Les defiende en cuanto a sus honorarios, diciendo que se les debe pagar su salario según lo pactado o si no se ha pactado antes, según la cuantía del asunto y según las condiciones especiales de celo y competencia del letrado, según las condiciones de facundia y elocuencia para defender los intereses del cliente y según las costumbres legítimamente establecidas, pero nunca exigir más de lo debido. Y les encarga que cuando se les presente un pobrecito, que no tenga quien le defienda, así como los médicos prestan sus servicios a los pobres gratuitamente, lo hagan también en la misma forma los abogados.

Éstas eran las normas que daba San Raimundo de Peñafort. Sería interesante recoger en un volumen todo esto, que forma como el meollo del espíritu de San Raimundo de Peñafort, y sobre todo presentárnoslo en su aspecto humano, hacerlo revivir, si pudiera ser, entre nosotros. Quizás si le viéramos, a primera vista no le hiciéramos caso; si viniera aquí entre nosotros, veríamos un viejecito, un frailecito, pero observándolo bien, notaríamos en él algo extraordinario. Es que los santos tienen ya como una anticipación de lo que han de ser después en la Gloria, incluso en el cuerpo. En los santos casi puede decirse que resplandecen ya algo las dotes del cuerpo glorioso. Vemos en ellos una claridad extraordinaria, poseen una agilidad excepcional para llegar a todo, sufren impasibles todas las inclemencias del tiempo y todas las enfermedades, su espíritu siempre se mantiene fuerte, y tienen una sutileza especial, saben introducirse. San Raimundo de Peñafort gozó de esa sutileza en vida, porque según la tradición, después de ese milagro de la transfretación, que fué singularmente examinado en Roma cuando la beatificación, y aprobado, entró en el Convento de Santa Catalina, al llegar de Mallorca a puertas cerradas.

Y de la misma manera sabía San Raimundo de Peñafort entrar en muchas puertas cerradas de las almas. Por ello sería interesante, como decía, conocer de cerca a este

maestro de justicia y de prudencia. Ahí están sus restos, ahí están sus despojos mortales, esos que sirvieron de soporte al espíritu, que ya en sus años adelantados no servirían más que como de pretexto — según dice Pardo Bazán, hablando de León XIII — para que el alma de San Raimundo de Peñafort permaneciese en este mundo. Oremos ante su tumba, con espíritu fervoroso, y digamos a estos huesos, que revivirán y serán un día nuevamente informados por su espíritu, que nos den a conocer esa alma preciosa de San Raimundo de Peñafort, y pidamos al Santo que, siguiendo sus huellas, tengamos siempre nosotros un gran espíritu de justicia; ya que el sumo bien, dijo él en la Summa de Penitencia, el gran bien de los pueblos, es seguir, guardar, cultivar la justicia y reconocer, respetar a cada uno sus derechos. *Summum in rebus bonum est iustitiam colere et sua cuique iura servare*. Pidamos a San Raimundo de Peñafort que nos dé ese espíritu de justicia, a nosotros y a todos, a los que gobiernan y a los súbditos, en todas las profesiones, en las artes liberales y en las de trabajo manual; que nos dé ese espíritu de justicia, el único capaz de armonizar todos los derechos, de todos los elementos de la sociedad, y de traer la verdadera paz sobre principios sólidos, porque si no hay la base de la justicia, se hará realidad aquella frase de los Profetas: *pax, pax; et non erat pax*: “paz, paz, pero no venía la paz”. Y pidamos también al Santo que nos dé siempre ese espíritu de prudencia que nos libre de todos los extremismos, que nos haga seguir en todo momento aquel consejo que él daba a los confesores: como todo el mundo está lleno de rapiñas, de desconcierto, de desequilibrio, tú procura seguir siempre el camino de enmedio; no seas extremoso en nada, respeta lo bueno que haya en todas partes, aprovéchate de eso bueno y cuando veas un alma que en alguna cosa te ofende, búscale lo bueno que hay en esa alma, haz como la abeja, según el fabulista nos dice: “Del más hermoso clavel — pompa del jardín ameno — el áspid saca veneno — la ofensiva abeja, miel”. Desechemos siempre ese algo malo que hay en los que nos rodean, en aquellos con quienes tratamos, y al lado de defectos que nos molestan y que provocan en nosotros un sentimiento de indignación, busquemos, ahogando dicha indignación, lo bueno, aprovéchemosnos de esa buena disposición, para que la excesiva severidad o también la excesiva indulgencia — pues no hemos de ser ni lo uno, ni lo otro, sino mantenernos en el justo medio — no lleven a perdición a aquellos que con una equidad benigna pudiéramos traer al buen camino.

Y esa será la manera mejor de ser nosotros devotos de San Raimundo de Peñafort, porque la devoción de los santos tiene tres aspectos: venerar sus grandes virtudes, imitar sus buenas cualidades y los ejemplos que nos dieron, y pedir la intercesión suya. Pidamos, pues, la intercesión de San Raimundo de Peñafort para que ese magisterio de justicia y de prudencia que Dios deparó a la Orden Dominicana, en el Capítulo general de Bolonia, el 28 de mayo de 1238, se deje sentir, aun desde lo alto del cielo, sobre nuestra alma, para que nosotros seamos también prudentes y justos y así podamos un día coronar nuestra cabeza, allá en la gloria, con la corona de justicia que concede Dios a los que, como nuestro Santo, supieron Hermanarla con la prudencia en este mundo.



ROMAE

M. D. LXX.

REPRODUCCIÓN DIRECTA DE
LA EDICIÓN COMPLETA DE LAS
OBRAS DE SANTO TOMÁS DE
AQUINO, LLAMADA DE S. PÍO V

La Iglesia, el retoñar de la secta maniquea y Santo Tomás de Aquino

Dos fundadores...

Sólo contaba veinticuatro años y se sentía abrasado de amor a Dios. Había vendido todos sus bienes, en Foligno, para desposarse con la Santa Pobreza, y sus compatriotas le miraban como a un original, cuando no como a un loco.

¿No solía, poco ha, hacer gala de su elegancia en el vestir, de su carácter animado y de su hablar castizo, de su natural alegre, amigo de diversiones, dicharachero y jovial? ¿No era ése el mismo que disipaba su dinero en locas prodigalidades? A un amigo que se extasiaba cierto día ante sus espléndidas vestiduras, se las había enviado como regalo a las pocas horas; adquiría ricas joyas, acostumbraba dar banquetes a sus compañeros, recorría las calles de Asís entre canciones y juegos. No era sino hijo del rico mercader Pedro Bernardone, y había hecho ostentación de una magnificencia principesca.

Bien es verdad que se le había tenido siempre por joven de ánimo compasivo y misericordioso... Pero, ahora, ¡se decían de él cosas tales y tan chocantes!

Se murmuraba que, desde no hacía más que pocos, muy pocos meses, convaleciente de una enfermedad, le habían visto caminar por los campos que rodean la ciudad de Asís, solitario, absorto en sus meditaciones, con expresión como de disgusto y nostalgia en los ojos... Decía de sí mismo, entonces, hablando con sus más próximos allegados, que ningún consuelo le proporcionaban ya los encantos de la naturaleza; y así, en efecto, debía de ser, pues se leía en su rostro cuando, bajo la maravilla de los suaves crepúsculos de Umbría, retornaba desde las afueras hacia la villa de Asís.

Y, desde aquel momento, se había notado en él un cambio extraño: de alegre que era, se había tornado taciturno; le oían murmurar entre dientes palabras de arrepentimiento por sus locuras pasadas. Y es ahora cuando las gentes habían comenzado a tenerle por loco.

Porque se había separado de la casa paterna y, después de vender sus bienes, —según dijimos más arriba— había corrido a ofrecérselos al Párroco de Foligno. Como éste se negara a aceptarlos, se los había arrojado al interior de su casa por una ventana y, desde aquel mismísimo instante, parecía haber recobrado su alegría habitual; pero no una alegría bulliciosa como la de antes, sino la alegría sostenida y serena del que se sabe entregado por completo a la Providencia y al Amor de Dios.

Porque había renunciado a sus padres naturales, cuando éstos intentaban apartarle de la senda elegida, y había pedido a un pordiosero que aceptase adoptarle por hijo suyo...

Es imposible, de todo punto, seguir los pasos de Francisco de Asís, antes Juan Bernardone, sin sentirse vivamente penetrado por algún reflejo de su inmensa ternura hacia Dios y las criaturas. Seguirlos, ahora, nos llevaría lejos de nuestro propósito. Así pues, le dejaremos con sus primeros discípulos: con Bernardo de Quintavalle, con Pedro de Catania y Egidio, con Fray Pacífico (el que antes de abandonar el mundo fuera laureado trovador

de Federico II) y pocos compañeros más, cubiertos con sus desmedradas túnicas y capuces, practicando una pobreza casi absoluta hasta el punto de renunciar a la posesión de los muebles más indispensables para la vida; sin considerar como propios ni aun su toscos sayal o sus libros. Los miembros de la Orden que Francisco fundaba se llamaban a sí mismos, por humildad, frailes "Menores", y se sentían llamados a vivir con los pobres, con los enfermos y los leprosos, trabajando para alimentarse, y mendigando lo que les hiciera falta y no pudiesen obtener con su trabajo sin aceptar jamás limosnas en metálico.

Francisco había hecho completa abnegación de su voluntad, diciendo: "Bienaventurado el siervo que no se cree mejor cuando se ve ensalzado que cuando es envilecido y despreciado, porque el hombre ante Dios aparece como realmente es en sí y nada más". Iba por las florestas alabando a Dios y en Dios a todas las criaturas, invitando a sus hermanas las aves a acompañarle con sus cantos en su tarea de magnificar al Creador, y a sus hermanas las golondrinas a interrumpir sus gorgeos mientras predicaba.

Cuando invocaba a Dios con aquella síntesis sublime contenida en sus palabras "Deus meus et omnia", abarcaba en un estrecho y tierno abrazo de amor, al Creador y a toda su creación...

* * *

Fué en Roma y en mil doscientos quince, con ocasión del décimo tercer Concilio ecuménico y IV de Letrán, cuando se conocieron ambos fundadores.

Francisco, el "heraldo del gran Rey" con sus frailes minoristas, habían recorrido ya los senderos que se entrecruzan en Rivo-Torto, van a Lombardía y atraviesan en todas direcciones la Romaña y las Marcas, Cortona, Perugia y Pisa; y ya había determinado orientar la nueva orden religiosa hacia la predicación en lugar de ceñirse a la vida contemplativa. Y España, la Berbería y Damietta habían sido testigos de sus exhortaciones a la paz, al desprendimiento, a la caridad, a la santa humildad, a la práctica de todas las virtudes cristianas. La noble Clara de Asís había adoptado la regla de Francisco para los conventos de mujeres.

Domingo, por su parte, en el Sur de Francia, donde de paso con el Obispo de Osma Diego de Acevedo, había podido apreciar los daños y peligros que allí corría la Iglesia, se había dado por entero a la evangelización del Languedoc. Una cultura brillante y externa, junto con la corrupción de las costumbres, habían convertido la región de Albi, Carcasona, Béziers y la Provenza, e incluso el Norte de Italia, en campo abonado para la propagación de las herejías.

Domingo creyó necesario acudir con el ejemplo, con la predicación, con el estudio incesante de la verdad y la continuada batalla contra el error, a remediar tal estado de cosas, a combatir esa profunda anemia espiritual que apartaba al pueblo del cristianismo.

Contra el negro pesimismo de los albigenses, vió una

arma poderosa en la oración. Y con oraciones formó una corona de rosas en loor a María, impetrando constantemente su intercesión en favor de la Iglesia de Cristo.

Lo que emprendía era una cruzada espiritual y los nuevos cruzados adoptarían el nombre de Frailes Predicadores. Como la orden Franciscana intentaba dirigirse a propagar la verdad entre el pueblo, entre fieles e infieles, hablando al corazón de las muchedumbres; la orden de Santo Domingo de Guzmán, aun sin olvidar este objetivo, formaría una selección de paladines para devolver a las inteligencias el culto austero de la verdad.

De la eficacia de la obra llevada a cabo por ambas fundaciones nos queda un testimonio fiel en las palabras de Pedro dalle Vigne, malvado consejero de Federico II: "Los frailes Menores y los Predicadores se alzaron iracundos contra nosotros; reprobaron públicamente nuestra vida y nuestras conversaciones; conculcaron nuestros derechos; nos redujeron a la nulidad; y para debilitarnos todavía más y privarnos del aprecio del pueblo, han creado dos nuevas cofradías que han atraído a todos los hombres y a todas las mujeres, de modo que apenas se encuentran uno o una que no pertenezcan a alguna de ellas".

Pero, ¿cuál era la herejía contra la que las nuevas órdenes se aprestaban a dar la primera batalla?

El retoñar del maniqueísmo:

La herejía albigena

En 1167, Niceta o Niquita, pontífice de los cátaros, vino de Constantinopla a Tolosa para convocar un concilio de los de su secta. Se celebró, según Giesler, en Castro Feliz, lugar próximo a esta última ciudad y a él concurrieron representantes venidos de la Lombardía, la Francia Septentrional, Alby, Carcasona y Arau. Niquita les expuso las costumbres de los maniqueos asiáticos, "consagró muchos obispos, hizo una nueva distribución de las diócesis de la Provenza y predicó la pobreza y el renunciamiento".

La sociedad del Langüedoc se prestaba, en efecto, a la propagación de aquella herejía. Los pequeños señores y feudatarios vivían en el mayor abandono espiritual. Buscaban sólo satisfacer sus pasiones sin reparar en los medios. Nunca, quizá, se ha vuelto a dar un conjunto de circunstancias más semejantes a las que favorecieron el desarrollo del protestantismo en los umbrales de la edad moderna. Decaían las costumbres de los poderosos, sin atender a los escándalos, ni a las exhortaciones. Su amor al bienestar, su epicureísmo, les convertía en serviles instrumentos de la perversión y del error.

Para hacerse con las riquezas de la Iglesia, conferían los beneficios a sus siervos y criados. Y la simonía era lógica consecuencia de semejante estado de cosas. Con ella, tenían entrada, incluso en el seno de la jerarquía eclesiástica, las llagas de aquel cuerpo social.

En medio de semejante corrupción intelectual y moral, se movían los judíos con una libertad absoluta. Concentraban —según unánime acuerdo de los historiadores— casi todos los cargos públicos. Ejercían poderosa influencia en la enseñanza y en la cultura.

El pueblo, desmoralizado por el ejemplo, perdía el respeto a las clases dirigentes y se volvía a todas partes en busca de una doctrina que le rehabilitara, cuando menos en apariencia. De esta subversión, cultivada cuidadosamente, se aprovechó la herejía maniquea, en su nueva modalidad de los cátaros, los "puros".

Como particularidad notable de esta secta, debemos citar el hecho de que, contrariamente a como las demás

doctrinas procuraban imponerse mediante la pública predicación, ella se ocultaba a los iniciados tras de mil apariencias y formulismos. Sus reuniones se celebraban con el mayor sigilo y para llegar a ser "perfecto" precisaba una larga etapa de iniciación. Era una reviviscencia del maniqueísmo del siglo III de nuestra era.

De su doctrina fluían consecuencias que llevaban a la negación de la vida, al odio de lo creado, al pesimismo más absoluto. Pues, si habían comenzado por blasfemar de Dios, ¿qué tenía de extraño que inmediatamente blasfemaran también de sus obras?

Todo lo creado, hombres, animales y plantas, en cuanto participaba de la materia, era obra satánica; en cuanto que poseía espíritu era obra de Dios. En la creación del hombre, por ejemplo, habían cooperado Dios y el diablo. La lucha entre ambos principios concluiría cuando la luz, que estaba prisionera de la materia en el mundo creado, fuera liberada de ésta, quedando de tal modo restablecida la primitiva separación entre el reino de la luz y el de las tinieblas.

La mitología que encuadró toda esta doctrina variaba según se dirigiera (como el primitivo maniqueísmo) a la mentalidad paganizante del siglo III, o a los hombres del siglo XII y XIII, pero llevaba un fondo común y unos objetivos idénticos. En uno y otro caso coincidían en odio a la Iglesia de Jesucristo, en atribuirse a sí mismas la calificación de tal, en negar la divinidad, y la humanidad incluso, de Cristo; negaban, por consiguiente, la Redención y, aunque decían admitir el Nuevo Testamento y negar el Antiguo, en realidad interpretaban aquél de forma tan arbitraria que resultaba exactamente igual como si lo negaran. Se prescribían ayunos, se prohibían comer carnes y alimentos animales, condenaban el matrimonio y el prestar juramento; de haber convertido el mundo a su doctrina, no sólo habrían hecho imposible la sociedad, sino incluso la humanidad.

Pero lo que en verdad se proponían era hacer imposible la sociedad cristiana. Un gran número de autores han visto entre ellos la mano del judaísmo. Que desde luego los judíos tuvieron un gran papel en los orígenes de aquella doctrina y en su propagación, tanto en los primeros siglos de la Iglesia como en la edad media, es un hecho reconocido por toda clase de autores —incluso israelitas— e históricamente cierto.

Las órdenes mendicantes y de los frailes Predicadores, se crearon para combatirlos y son una muestra de la espléndida reacción del espíritu sobrenatural de la Iglesia.

La sociedad en peligro se armó también contra ellos en la cruzada albigena.

¡Conclusum est contra manichaeos!

Los servidores se iban retirando, uno por uno, con sus aguamaniles —o grandes jofainas de rica orfebrería— llenos de agua, sobre cuyo fondo podía verse gravado el siguiente dístico:

"Cum sis in mensa, primo de paupere pensa,
Nam cum pascis eum, pascis, amice, Deum".

En la vasta sala no faltan detalles que recuerden a los presentes, que están sentados a la mesa de los reyes de Francia. No que haya exceso de ostentación, pues en la corte de San Luis se rehuye la prodigalidad y el boato; pero las ricas tapicerías bordadas con flores y lises hacen desaparecer los muros de la pieza bajo representaciones del Antiguo y Nuevo Testamento; y cuando un leve soplo de aire se cuele de rondón por las puertas o ventanas, agita las brillantes colgaduras que reflejan, teñida con múltiple policromía, la luminosidad del exterior.

Los comensales ocupan sólo un lado de las mesas para facilitar el servicio. Más alta que las demás y en un lugar preferente, se destaca la del rey.

Para guardarla, están de pie junto a ella los señores Imberto de Beaujeu, Enguerrando de Coucy y Arcamboldo de Borbón. Colocados detrás de los tres barones, y dándoles guardia de honor, se destacan así como unos treinta caballeros cubiertos con ropas de paño y seda. Y, detrás, un grupo de pajes de armas, con las de Francia aplicadas sobre tafetán.

El señor de Beaumont sirve al rey la comida, mientras que el buen conde Juan de Soissons se dedica a trincharle las viandas y el Senescal Joinville practica la misma operación junto a Tibaldo IV de Champaña, rey de Navarra.

En servir la mesa de la reina, se esmeran delicada y caballerescamente el conde Hugo de Saint-Paul y un alemán de quien se dice es hijo de la santa señora Isabel de Turingia.

La gran sala bulle de animación mientras se reparten los diversos manjares. A Luis IX le agrada en su corte la espontaneidad sincera y franca, y quienes le rodean deben desprenderse del vicio habitual en el palacio: la doblez y la lisonja. No es de extrañar, pues, que este rey consiguiera crear a su alrededor una nueva clase de cortesanos desconocida en las demás épocas y latitudes, la del palacio virtuoso y heroico.

Entre los invitados se perciben no pocas ropas talaras; muy próxima a la de los reyes, de suerte que pueda conversarse sin esfuerzo entre una y otra, queda la mesa donde se sienta el sabio clérigo Roberto de Sorbona; un poco más allá, se sienta el también capellán Guillermo de Auvernia. Y, presidiendo otra mesa, a la diestra de la reina, se destaca un hábito negro y blanco de la orden de Predicadores envolviendo a una figura corpulenta.

A nadie llama la atención la presencia de un hábito de mendicantes o Predicadores en aquella sala, pues se sabe la especial simpatía que Luis siente por ellos. Por su mesa han desfilado los hombres más virtuosos y sabios de una y otra orden, y la visitan con mayor o menor frecuencia Buenaventura, conocido en las aulas de la Universidad por el Doctor Seráfico a causa de lo elevado de su pensamiento teológico; Vicente de Beauvais, el colector de tiernas leyendas de la Virgen, poeta exímio al presente; fray Ruisbroeck, cuyo nombre latinizado de Rubricus corre por todas las bocas con el relato de sus fantásticos viajes para evangelizar al Gran Khan de Mongolia; Alberto de Bollstaedt, el Magno..., y, hoy, quien se halla presente es Tomás de Aquino, la admiración de la Universidad de París, a quien los escolares escuchan arrobados cuando diserta sobre la naturaleza angélica o cualesquiera otros temas, sin acertar a comprender cómo la luz de una inteligencia humana puede iluminar con semejante resplandor todos los campos, aun los más elevados y abstractos. No es Luis IX el único rey que respetuosamente le pide su parecer en los intrincados problemas políticos; y "el buey mudo de Sicilia" no elude jamás manifestar su opinión.

Ahora, está ahí presente, mientras los demás departen sobre la tardía tentativa de los heréticos del Sur de Francia, sobre el número de hombres de armas que cada uno se cree capaz de poner en pie de guerra para la expedición contra Túnez que proyecta el rey. Contesta él con sencillez y mesura a las preguntas que se le dirigen; cambia algunas palabras con sus vecinos de mesa caballeros Pedro de Chambli, Juan de Soissi, Geoffroy de Sargines, sobre los planes de Luis; por regla general, guarda mayor silencio que los demás comensales.

Joinville, el Senescal de Champaña, junto a la mesa del rey, sobresale por sus dichos chocantes y sus espon-

táneas risas. Encierra el alma de un niño en una talla de seis pies, dotada de la fuerza necesaria para manejar, como si fuera un bastón, la enorme espada de cruzado. Es el mismo que le ha contestado un día a San Luis que no acostumbra verter agua en su vino porque, según los médicos, su cabeza es muy grande y su estómago frío, con lo cual le resulta imposible embriagarse.

Ahora, como tantas veces, se anda a la zaga con Roberto de Sorbona, quien le acaba de llamar la atención:

—“¿Qué se os ofrece, Maese Roberto?”

El buen clérigo, con su punto de mordacidad, insinúa al momento:

—“Desearía saber qué tal os parecería que el rey se sentara en vuestro escabel y vos os colocárais en su asiento, en un lugar más elevado que el suyo. ¿Lo estimaríais digno de censura?”

—“Sí, Maese Roberto, me parecería de todo punto reprochable”.

—“Pues bien— prosigue Maese Roberto, hilvanando su meditado discurso— mucho más digno de reproches os hacéis por vestir con mayor lujo que nuestro príncipe. Si no ¿cuándo habéis visto que el rey vistiera habitualmente paño fino y armiño como los vuestros?”

Con benevolencia y aplomo se vuelve el Senescal al sabio clérigo, diciendo:

—“Pardiez, Maese Roberto, y con perdón de vuestra reverencia, yo nada creo hacer digno de reproche si me visto de paño y brocado; pues paño y brocado me legaron mis padres. En vos, por el contrario, sí que encuentro bien reprochable que, siendo hijo de villanos, hayais dejado el hábito de vuestro padre y vuestra madre para vestiros de más rico camelot que el rey”.

Y dirigiéndose a los comensales continúa, mientras señala la ropa talar del mortificado Maese Roberto: “¡Ved ahí si no es cierto lo que digo!”

En las mesas se comenta con gran algazara la salida de Joinville, mientras Roberto vuelve sus ojos hacia el rey. San Luis sonríe misericordiosamente y desapruéba con un gesto el desenfado de su Senescal. Esto es bastante para que Joinville suplique el perdón de Roberto de Sorbona quien, desarmado, se lo concede.

El rumor cesa y la comida continúa con su ritmo anterior.

Pero... uno de los invitados ha estado ajeno a lo ocurrido. Es el comensal a quien menos deslumbra ser convidado del monarca de Francia. Únicamente por obediencia se ha prestado a acudir a su invitación.

Sus pensamientos se han abstraído de cuanto ocurre a su alrededor desde el instante en que se ha mentado la cruzada albigense. Y en su mente ha comenzado a insinuarse una idea que le atormenta día y noche.

¡La herejía albigense! ¡Ese nuevo maniqueísmo que ha conseguido arrebatarse tantas almas a Cristo! Mucho se ha pensado y escrito sobre el problema del origen del mal desde que Agustín rebatió a los herejes de su tiempo. ¿Y cómo han podido, los maniqueos, atribuirlo a un principio eterno, a un monstruoso dios del mal? ¿Cómo han osado sostener que la creación visible sea obra de este principio perverso?

...Y ve los casos en que el mal ha parecido triunfar en los tiempos recientes: en la corrupción de las cortes del sur de Francia, en el escepticismo que refleja la obra de la mayor parte de los trovadores, en las aflicciones que a la Santa Sede ha causado el Emperador Federico II, en el inútil afán con que los Papas han predicado la unión de los príncipes cristianos para reanudar la Cruzada.

Y ve a la herejía cómo ha crecido amenazadora, armando el hazo de los asesinos contra el bienaventurado

mártir San Pedro de Parenzo y contra el venerable Pedro de Castelnau; y, escudándose otras veces tras de poderosos protectores, presentar solapada batalla a la Iglesia de Dios.

Y ve perecer miserablemente en los campos de Murret a un príncipe cristiano constituido antaño en vasallo voluntario del Papa, y convertido ahora en paladín de los rebeldes...

Múltiples factores han contribuido al crecimiento del error: es un proceso de decadencia moral el que precede siempre a los extravíos de la inteligencia; son aquellas livianas "Cortes de Amor" las que tienden su mano a los portaestandartes de la rebelión religiosa con su "Jurisprudencia" pedantesca que declara ser el verdadero amor incompatible con el matrimonio...

Pero, al lado de todo esto, se le presenta también la visión de la Iglesia, siempre joven, asentada sobre la promesa de Cristo. Y la ve renovarse multiplicando el tesoro de sus virtudes, dándose al mundo en espléndida floración de santos.

Contra poniéndose a la rotunda negación maniquea, su espíritu de poeta divisa aquella luminosa afirmación que entraña la caridad de Francisco de Asís: ¡No hay dos creaciones, sino una, la *única*, admirable obra del Creador!

Y repite, él también, aquel canto inmenso:

*Altissimi, omnipotente, bon signore,
Tue so le laude, la gloria, el honore et omne benedictione.*

*At te solo, Altissimo, se confano
et nullu homo è digno de te mentovare.
Laudato si, misignore, cum tuete le tue creature
spetialmente messer lo frate sole,
lo quale iorna e allumini noi per loi.
E ellu è bellu e radiante con grande splendore;
de te, Altissimo, porta significazione.*

*Laudato si, misignore, per sora luna e le stelle;
in celu l'ai formate clarite, pretiose e belle.
Laudato si, misignore, per frate vento,
et per aere et nubilo et sereno et omne tempo,
per lo quale alle tue creature dai sostentamento.
Laudato si, misignore, per sor aqua,
la quale è multo utile et humile et pretiosa et casta.*

*Laudato si, misignore, per frate focu... per sora
[nostra matre terra...
Laudato si, misignore, per la sora nostra morte
[corporale...*

De la misma manera como Inocencio III vió la Iglesia de Letrán bamboleándose, sostenida por dos hombres, el transfigurado Francisco de Asís y el santo fundador Domingo de Guzmán; ve, también él, a la Iglesia triunfar de la prueba, renovarse y perpetuarse a través de los siglos hasta la consumación de los tiempos.

Todo el misterio del mal cobra sentido ante aquel prodigio del bien. El mal no es querido de Dios; nace de la imperfección de la criatura sacada de la nada: ¡El mal, conjunto de disonancias particulares para la armonía del mundo físico! ¡Riesgo constante, en el mundo moral—ángel u hombre— que acompaña al don tremendo de la libertad! Y este hombre, con una blasfemia inaudita, ¿ha osado atribuir existencia eterna al mal, más aún: poner su principio en un plano divino de igualdad con el Creador?

¡Oh aberración de la inteligencia humana abandonada a sus solas fuerzas, obstinada en rechazar el auxilio de la fe!...

Tomás de Aquino se sentía poseído de una agitación tan inmensa como la violencia con que imaginaba la forma de rebatir a esos herejes, una violencia que nadie habría sospechado en su humildad y mansedumbre proverbiales.

Y todos los circunstantes quedaron sobrecogidos por la fuerza con que el teólogo dejó caer su pesada mano sobre la mesa, como una maza, exclamando:

"Conclusum est contra Manichaeos!"

Tomás Lamarca

NOTA.—La reconstrucción histórica de este banquete y de sus personajes, proceden de las "Memorias" del propio Senescal de Champaña Juan de Joinville y de su conocida "Historia de San Luis".

La perversión de la Filosofía, causa de los males presentes

Si alguien atiende a la acerba condición de nuestros tiempos, y abraza mentalmente la razón de los acontecimientos públicos y privados que presenciamos, caerá sin duda en la cuenta de que la causa fecunda de los males que nos oprimen o que nos amenazan no es otra que haberse extendido por todas las clases sociales las perversas doctrinas que sobre lo divino y lo humano, con aplauso de muchos, hace tiempo salieron de las escuelas filosóficas.

León XIII, Encl. «Aeterni Patris»

Santo Tomás y la Educación

La segunda parte de la Suma Teológica, un vasto y elevado plan de educación

A primera vista parecería un poco fuera de lugar incluir a Santo Tomás en un tratado sobre educación. Sin embargo no parecerá tan extraño que se hable de educación en un artículo sobre el Santo Doctor, por aquello de que se suele expresar todas las posibilidades de un personaje cuando a estudiarle se dedica un libro, un folleto, incluso un número de una revista. Se pretende entonces extraer, aunque sea a viva fuerza, todas las facetas — las que son y las que no son — de su vida, de su personalidad, de su pensamiento.

Pero no ha de parecer extraño en ningún caso, porque si bien es cierto que nadie suele hablar de sistema tomista de educación, sin embargo en la *Summa Theologica* se encierra, como vamos a intentar mostrar, el vasto desarrollo de una solución al vital problema educativo. En efecto, el propósito de Santo Tomás consiste, en resumidas cuentas, en trazar una ruta para que el hombre pueda alcanzar su bien supremo y llegar a su fin último. Y esto es lo educativo. Los jalones de la marcha, los pilares del edificio que Santo Tomás señala son tres: *Dios*, el fin; *el hombre*, el sujeto; *Cristo*, el medio más poderoso para unir al sujeto con su fin, el maestro por excelencia.

* * *

Se han dado muchas definiciones de la educación, siempre en función de las preferencias, de las opiniones y de los sistemas filosóficos que ha tenido cada definidor. Así como la moral es en todo caso el coronamiento de una metafísica, con mayor motivo el concepto de educación será variable dependiente de la doctrina moral que se sustente y también del momento histórico en que esa doctrina haya germinado.

La educación supone siempre un tránsito, un proceso, una transformación, un pasar de un estado que se considera imperfecto, incompleto, provisional, a otro que es estimado como más perfecto, valioso y mejor. En la educación hay un punto de partida y uno de llegada. El punto de partida es el hombre. El punto de llegada es el fin, la forma ideal propuesta por el educador.

Se presentan, pues, en el problema de la educación tres cuestiones: a) Punto de partida; b) Punto de llegada; c) Modos o métodos para realizar el tránsito, es decir, proceso de la educación.

Esta última cuestión constituye el objeto propio y peculiar de la educación como ciencia y como arte, pero no ha de olvidarse que necesita de una respuesta a las otras dos cuestiones. En efecto, ha de saberse con qué se cuenta y a dónde se va. En otras palabras, ha de precisarse el sujeto de la educación y su meta.

Veamos primero:

a) Punto de partida: El hombre

¿Qué es el hombre para Santo Tomás? El Santo Doctor parte de las palabras del Génesis: "Dios creó al hombre a su imagen y semejanza". A su imagen, porque posee algo parecido a Dios: su alma. A su semejanza, porque aunque parecido tiene algo que le diferencia: su alma no es espíritu puro.

En este concepto el hombre adquiere una excelsa condición y una elevada dignidad sobre todos los seres creados si exceptuamos a los ángeles. El hombre no es Dios, no es tampoco un ángel, pero ocupa una posición intermedia entre éste y los demás seres creados. Es una criatura de Dios en tensión natural hacia Él; compuesta de cuerpo y de alma; ésta de naturaleza simple, racional y libre, capaz de comprender a Dios por su inteligencia y de amarle por su voluntad.

Condición esencial del hombre es su libre albedrío. Ésto es su gloria, aunque también haya sido su ruina, porque la voluntad libre le hizo caer en el pecado, en la repudiación, en el castigo. Adán y Eva pecaron contra la ley divina, y este pecado original fué un relajamiento, un desarreglo, que radicando en la naturaleza humana, ha gravitado sobre todos los hombres. El hombre, pues, es un noble ser caído, desterrado, perdido por esa mancha persistente que ha debilitado, aunque no destruido, la inclinación de su naturaleza hacia el bien, conduciéndolo a la ignorancia, a la malicia y a la concupiscencia.

Ante esta situación sólo se abre una esperanza: la de que Dios mismo se ofrezca para redimir la culpa de su criatura. Por eso pueden distinguirse tres fases en el proceso vital de la Humanidad: el estado de inocencia; el estado de destierro por el pecado; y el estado de redención.

Dios salva al hombre y con ello hace posible la educación. Él es el educador en cuanto gobierna las cosas conduciéndolas a su fin último.

Pero el hombre no es un ser estático, pasivo, sino que actúa en él, desde lo más profundo de su ser, el apetito. Es por consiguiente un ser en tensión permanente hacia su propio fin natural, hacia su bien, es decir, hacia su plena realización. Aspira de una manera necesaria a levantarse; pugna por elevar su mirada a lo alto, por despejarse de la cárcel en que ha quedado aprisionado, por remontar el vuelo hacia las grandes alturas.

b) Punto de llegada: El fin último

¿Hacia dónde se encamina ese humano andar constante e incesante?

Las causas finales están en el principio, y cuando algo se hace se hace para algo, incluso cuando parece que no se

hace para nada. ¿Habremos de descubrir el fin y el destino del hombre en el hombre mismo? No cabe duda ninguna. Allí donde se encuentra lo más profundo de nuestra persona, allí donde se esconde lo más divino que hay en nosotros, allí donde el tránsito hacia Dios es menos brusco y la capa que nos separa de Él la más tenue, allí donde brota la fuente eterna de nuestros actos, allí donde radicalmente se es libre porque se es racional, allí, en el principio, está el fin. Decía San Agustín: "Noli foras ire: in teipsum reddi: in interiori homine habitat veritas".

Repitamos que el hombre ha sido creado por Dios a su imagen y semejanza, y que no es un ser pasivo. Su actividad habrá de consistir en cooperar a la acción perfecta de Dios. Esta acción se dirige a hacer que la criatura posea una semejanza de imagen perfecta con Dios. Lo cual se logra por el conocimiento sobrenatural y el amor sobrenatural del mismo Dios.

Porque Dios es la Verdad, pero no la verdad en abstracto, sino una verdad personal a la que se ama de diferente modo como se ama a lo puro abstracto o simplemente a un objeto carente de alma racional. ¿Qué puede significar la *amistad* con un teorema, con una piedra, con un animal? Podrá haber amor, pero no amistad. Y el amor de caridad consiste en esto: en darse y ligarse a Dios en una mutua corriente de unión espiritual, o sea en una cierta amistad del hombre con Dios.

El amor sobrenatural y el conocimiento sobrenatural, a que antes hacíamos referencia, son el último fin del hombre. Añadimos que ese amor sobrenatural es un amor de caridad a imagen y semejanza del que une a Dios Padre con el Hijo, no el amor frío, egoísta, que cabría en un intelectualismo estricto; porque la bienaventuranza no consiste ni en una actividad sensitiva ni en una actuación de la voluntad, sino en la actuación del entendimiento especulativo, si bien este conocimiento no es el propio de las ciencias humanas especulativas, sino una *visión intuitiva* de la esencia divina. *Esta intuición es la única operación que puede satisfacer completamente a la voluntad.*

He aquí la razón de que la felicidad humana resida en la consecución del último fin por el hombre, porque entonces desaparece absolutamente la insatisfacción, el vacío, la oquedad nostálgica, valga la expresión, del alma. En último extremo la educación es hacer felices a los hombres.

c) Modo de realizar el tránsito: El proceso de la Educación

LAS VIRTUDES

Volvamos a insistir en el concepto de educación. ¿No podríamos decir que consiste en lograr una capacitación del hombre para que adquiera su *perfección*?

Ahora bien, el hombre llega a su perfección cuando ha alcanzado su fin, así como cualquier cosa es perfecta cuando ha logrado adquirir plenamente su bien, que es el fin para el que ha sido hecha. Aunque parezca un contradictorio, diremos que el hombre se perfecciona llegando a ser lo más hombre que se pueda ser, llegando a ser el hombre ideal. Y el hombre ideal será aquel que use mejor de sus mejores facultades.

El buen uso de una facultad se logra por la *virtud*, que es "una cualidad del alma por la cual vivimos rectamente y de la que no puede usarse mal".

La virtud es el medio para alcanzar el fin último, pero como éste sobrepasa a toda naturaleza creada, ninguna criatura puede llegar a él sin realizar un movimiento que allí la conduzca.

Sin embargo, ¿puede el hombre alcanzar ese bien su-

premo, que es su fin último, a que naturalmente aspira y que se esfuerza por lograr? En otros términos, ¿es posible la educación?; y en caso afirmativo, ¿cómo es posible? ¿Puede el hombre realizarlo él solo? ¿Cuáles son los principales obstáculos que se oponen a ello? ¿Qué clase de ayuda necesita?

Es posible la educación porque el hombre puede alcanzar el fin último a que está ordenado. Pero la beatitud no puede lograrse en esta vida, la cual, precisamente por eso, no es otra cosa que un camino, una conducción, una educación que halla su meta en la otra, allá donde el hombre logra su perfección completa. Ha de tenerse siempre como norte esa meta; ha de haber además un guía; y por último es necesaria una ayuda que haga posible la ascensión y que sostenga al hombre en su esfuerzo catártico.

Esta ayuda viene proporcionada por la gracia, que da Dios al hombre por dos motivos: Primero, por ser una criatura caída; de lo contrario, no podría nunca librarse del pecado. Segundo, por estar destinado el hombre a un fin sobrenatural, pues si no de ningún modo lograría elevarse hasta él.

Por consiguiente, hay en la educación unos *medios externos*: la *gracia* y la *ayuda de los demás hombres*, y otros *internos*, que son las *virtudes*.

Nos interesan ahora solamente los medios internos.

CAUSA DE LAS VIRTUDES

Todas las virtudes están en nosotros *naturalmente* como aptitud, incoadas, pero no perfectamente, excepto las teológicas que nos vienen totalmente de fuera. Lo *natural* al hombre puede tomarse en dos sentidos: a) natural a la especie; b) natural al individuo. Lo que conviene al hombre según alma racional le es natural según la razón de especie. Lo que le conviene según la determinada complejión del cuerpo le es natural según la razón de individuo.

En uno y otro caso la virtud es natural al hombre, pero en estado de incoación y no de consumación, porque en el *primer* caso tiene naturalmente ciertos principios tanto de las cosas cognoscibles como de las agibles, principios que son como semillas de las virtudes intelectuales y de las morales, y en el *segundo* caso, por la disposición del cuerpo, unos están mejor dispuestos que otros para ciertas virtudes. Así uno tiene aptitud natural a la ciencia, otro a la fortaleza, otro a la templanza (1).

Luego tanto las virtudes morales como las intelectuales proceden de ciertos principios naturales preexistentes en nosotros. Las virtudes teológicas nos son infundidas por Dios en lugar de esos principios.

Hay personas que tienen más aptitud para la virtud que otras. Así por ejemplo aquellas que no les cuesta gran esfuerzo el ser buenas. En este caso, la virtud se desarrolla de un modo suave y sin demasiada coacción exterior. En cambio, en las otras, en las que la resistencia a la virtud es ostensible, la educación ha de hacerse empujando desde afuera. Para ello es necesaria *la ley*, la coacción, la fuerza, por tal de sostener las almas derechas, procurando que con el ejercicio venga la habituación y con ella la virtud.

El tratado de la ley de Santo Tomás, desde el punto de vista que enfocamos aquí es principalmente una refutación anticipada de las teorías rusionianas que consideran bueno naturalmente al niño, y a la sociedad como su corruptora. Para Rousseau la educación consiste en dejar que las fuerzas naturales desarrollen su buena obra; la ley sobra; más aún, la ley es nociva.

(1) S. Th. 1.ª - 2.ª, qu. LXIII, art. 1.

CRECIMIENTO DE LAS VIRTUDES

Pero ¿hay un más y un menos en la virtud?

Las virtudes pueden ser mayores o menores, más excelentes o menos, consideradas unas respecto de otras, pero nunca cuando se las mira en sí mismas.

Tomada una virtud *respecto de otra diferente* es más excelente la que se aproxima en mayor grado a la razón, porque la razón tiene un objeto más elevado que el apetito (un efecto es tanto mejor cuanto más próximo se halle de la causa).

Tomada *en su misma especie*, la virtud se llama mayor por la magnitud de las cosas a que se extiende, pero no por ella misma, pues "la razón de virtud sólo admite lo máximo" (ratio virtutis consistit in maximo).

Sin embargo, también puede ser considerada en relación al sujeto que de ella participa y entonces la magnitud de la virtud depende de las diversas épocas en un mismo sujeto, o bien de los diferentes sujetos, que pueden estar mejor o peor dispuestos, ya sea por la asiduidad, ya sea por disposición natural.

A pesar de ello las virtudes participadas por un sujeto tienen una igualdad de proporción como los dedos de la mano — dice Santo Tomás — que no son todos del mismo tamaño, pero crecen proporcionadamente.

LAS VIRTUDES INTELECTUALES

No podemos en un artículo, por mucha extensión que se le quiera dar, referirnos a todas las virtudes — dignas de un estudio profundo como el que realiza Santo Tomás —, ni siquiera analizar satisfactoriamente una sola clase de ellas.

A modo de ejemplo examinaremos someramente las intelectuales.

Cinco son las virtudes intelectuales: *la sabiduría, la ciencia, la inteligencia, el arte y la prudencia.*

El entendimiento tiene como objeto propio *lo verdadero*, que puede presentarse bajo dos aspectos: patente por sí mismo ("per se notum") y patente por otra cosa ("per aliud notum"). En el primer aspecto es captado por la *inteligencia*, y así se llama inteligente (intus legere, leer dentro) a quien penetra rápida y directamente en una cosa, en un problema, en una cuestión.

En el segundo aspecto lo verdadero es percibido, no inmediatamente por la inteligencia, sino por una búsqueda de la razón, lo cual implica un discurso. Y en este caso puede ocurrir que esto último que se busca y que condiciona todo lo demás sea lo *último* en algún género determinado de cosas cognoscibles, o bien que sea lo *último* respecto de todo conocimiento humano. En el primer caso tenemos *la ciencia*; en el segundo *la sabiduría*.

"Y puesto que "las cosas que son posteriores en evidencia para nosotros son anteriores y más evidentes por su naturaleza" (como dice Aristóteles — Física, libro I, text. 2 y 3), así lo que es último respecto de todo conocimiento humano es aquello que por su naturaleza es primero y cognoscible en el más alto grado. Sobre esto versa la sabiduría "que busca las causas más profundas" (Aristóteles — Metaf. Libr. I, cap. I y II)" (2).

Por consiguiente hay diversas ciencias porque hay diversos géneros de cosas cognoscibles. La ciencia — episteme — es un *estar encima*: conocer muchas cosas sin desorden, pero sin unidad. En cambio sólo hay una sabiduría porque sólo hay una primera causa. Ese saber de la primera causa es la "sapientia", la ciencia sávida. Porque la sabidu-

ría es el conocimiento supremo, luz que ilumina y vivifica los conocimientos particulares, penetración aguda de todas las cosas por medio de esa visión, perspectiva grandiosa que resulta poética y artística. Es la síntesis aplicada desde las altas cumbres. Es la filosofía. La metafísica llega a ser entonces algo vivo, y el metafísico, el que conoce lo que las cosas son viviéndolas y haciéndolas vivir en él.

Al lado de estas tres virtudes que arrancan de hábitos intelectuales especulativos, hay otras dos: el arte y la prudencia, que pertenecen al entendimiento práctico.

El *arte* consiste en la recta razón que conduce a hacer una obra bien hecha en sí, independientemente del apetito. Es, pues, la recta razón de lo factible — poietike —. La *prudencia*, por su parte, es la recta razón que lleva a hacer una obra buena exigiendo el apetito recto por parte del sujeto. Es, pues, la recta razón de lo agible — praktike.

Se puede apreciar en seguida que estas dos virtudes tienen algo de común y algo de diferente. Lo común estriba en la recta razón. Tanto el arte como la prudencia radican en la razón que ha de ser recta, pero mientras en el arte la razón se dirige hacia el bien de la cosa producida o hecha, en la prudencia va más allá y perfecciona al hombre.

El arte consiste en hacer una cosa bien hecha; la prudencia en hacer una cosa moralmente buena, en cuanto el hombre es un ser libre. La cosa queda clara si decimos que la expresión "agere librum" y "facere librum" no son equivalentes; más aún, la primera expresión es absurda.

La prudencia es una virtud importante entre las importantes y necesaria al hombre porque le dirige hacia su fin prestando los medios debidos y convenientes, ya que en el obrar bien interesa no sólo lo que se hace, sino también de qué modo se hace.

* * *

En todo caso la labor educadora consistirá en favorecer el desarrollo de los gérmenes de virtud que naturalmente tiene el hombre, provocando y conduciendo las facultades aletargadas hacia el perfeccionamiento que quepa en cada educando.

Sobre todo es necesario que el sujeto de la educación actúe, obre sobre sí mismo bajo una dirección adecuada, de tal modo que no se convierta en un almacén, sino que él mismo sea un sistema de máximas, de principios y de conocimientos, urdidos íntimamente entre sí y con su espíritu para constituir una unidad, una armonía que no por eso podrá llevar al alma a ese reposo y a esa tranquilidad anheladas, puesto que esto sólo puede lograrse cuando la unidad y la armonía devienen unidad y armonía perfectas en la contemplación de la Verdad.

Así no interesa tanto el que el educando reciba un cúmulo de conocimientos (eso sería pura instrucción), como el que sea capacitado para adquirirlos por su cuenta (eso sería la educación propiamente dicha).

Y eso ha de procurarse por el ejercicio, partiendo de aquellas semillas. La educación es un cuidado de esos frutos potenciales; un especial cuidado para que no se malogren.

Y el cuidado ha de ser proporcionado a todos los factores que llevamos enumerados. De lo contrario se aboca a una educación exclusivista e inesencial; exclusivista porque se centra en uno de los varios aspectos que encierra la naturaleza humana; inesencial porque no se fija en lo que constituye la esencia del hombre.

La educación es producto de tres factores: el hombre, la sociedad y la gracia. Los tres factores, discernibles por

(2) S. Th., 1.ª - 2.ª, qu. LVII, art. 2.

el intelecto, son en realidad inseparables en su actuación. He aquí los tres medios indispensables para este proceso educativo del hombre que ha de conducirle hacia la suma perfección y felicidad.

Habría que dilucidar la respectiva importancia y los

límites que Santo Tomás concede a cada uno de ellos. Hemos seguido a grandes rasgos y de un modo incompleto lo que puede hacer el hombre por su salvación; han quedado dos grandes cuestiones sin tratar: ¿qué puede hacer la sociedad? ¿qué la gracia o el magisterio de Cristo?

La mentira no prevalecerá contra Cristo y su Vicario

Por tanto, escuchad la voz del Señor, hombres mentirosos, que domináis al pueblo mío; pues vosotros dijisteis: «hemos hecho pacto con la Muerte y un convenio con el Infierno; cuando venga el azote, como un torrente, no llegará a nosotros, porque nos hemos apoyado en la mentira y ésta nos pondrá a cubierto.»

Por tanto, esto dice el Señor Dios: «He aquí que yo pondré en los cimientos de Sión una piedra, piedra escogida, angular, preciosa, asentada por fundamento; cuantos creerán en él no serán confundidos. Y ejerceré el juicio con peso, y la justicia con medida; y el pedrisco trastornará la esperanza puesta en la mentira, y vuestras defensas las inundarán las aguas. Y el contrato vuestro con la Muerte será cancelado, y vuestro pacto con el Infierno no prevalecerá. Y cuando como un torrente vendrá el azote, os arrastrará consigo. Al instante que venga os arrebatará: porque vendrá muy de madrugada, y continuará día y noche: y sólo la aflicción hará entender lo que habéis oído.»

(Isaías, XXVIII, 14-19)



Y el Señor Dios de los ejércitos os llamará en aquel día al llanto y a la compunción: a raeros la cabeza y vestiros de saco: y he aquí que no pensáis sino en fiestas y alegría, en matar terneras y degollar corderos, en comer sus carnes y beber vino, diciendo: —¡Comamos y bebamos, porque mañana moriremos!

(Isaías, XXII, 12)



AVE Maria

gratia plena, Dóminus tecum...»

Esta salutación consta de tres partes: una, del ángel: "Ave, gratia plena"; otra, de Santa Isabel, madre de San Juan Bautista: "Benedictus fructus ventris tui"; otra tercera, finalmente, añadida por la Iglesia: "María", pues el ángel no dijo: "Ave María", sino "Ave, gratia plena". Y este nombre, María, conviene a las palabras del ángel, como se verá.

Debe considerarse, primeramente, que sólo muy rara vez en los tiempos antiguos los ángeles se aparecían a los hombres: y era entonces para éstos muy grande honor poderles hacer reverencia: y así, se escribe en honor de Abraham que dió hospitalidad a los ángeles y les reverenció. Pero en cambio, jamás se había oído decir que un espíritu angélico saludara a hombre alguno hasta que la Bienaventurada Virgen fué saludada reverentemente por el ángel de la anunciación con el "Ave".

La razón de que el ángel no venerara nunca al hombre es que el ángel es superior al hombre: y esto en tres aspectos: 1.^o) En cuanto a la *dignidad*, pues es de naturaleza espiritual (1), mientras que el hombre es de naturaleza corruptible. Y así decía Abraham: "¿Hablaré a mi señor, siendo polvo y ceniza?"

No era decoroso, por tanto, que una criatura espiritual e incorruptible hiciera reverencia al hombre, criatura corruptible.

2.^o) En cuanto a su *intimidad con Dios*, pues el ángel, por estar siempre en su presencia, es amigo íntimo y como familiar de El (2). El hombre, por el contrario, a causa del pecado, es como un extraño y está alejado de Dios. Es pues conveniente que el hombre reverencie al ángel, familiar, por así decirlo e íntimo del Rey.

3.^o) En cuanto a la *plenitud del esplendor de la gracia divina*, que en los ángeles llega a ser suma como participación que es en ellos de la luz de Dios. "¿Por ventura puede contarse el número de la celestial milicia?" Dice el libro de Job (C. 25); y "¿cuál es el que no participa de su luz?" Por esto aparecen siempre circundados de luz. Los hombres, en cambio, aunque en algo participen de esta misma luz de la gracia, ello es poco y no sin cierta oscuridad. Por este tercer motivo, también, debía el hombre acatar al ángel y no viceversa, *mientras no hubiera alguien en la naturaleza humana que en los tres aspectos citados excediera a los ángeles; y esta criatura humana fué la Virgen Bienaventurada*, a quien el ángel quiso reverentemente saludar con el "Ave" para mostrar la excelsa dignidad en que le superaba. Veamos cómo en la Virgen Bienaventurada se dan en grado máximo las tres condiciones antedichas.

La *plenitud de gracia*, en primer lugar, se da en la Santísima Virgen más que en ángel alguno: para indicarlo, el ángel la saludó diciendo: "gratia plena", como si dijera: "Te saludo, porque me superas en gracia".

Por tres razones se dice que la Santísima Virgen está llena de gracia, a) Porque tuvo en su alma la plenitud de

Santo Tomás

ella. Pues la gracia de Dios se da para dos cosas: para obrar el bien y para evitar el mal; y en ambas fué perfectísima la gracia de la Virgen Bienaventurada. Por una parte vióse libre de todo pecado como ningún otro santo lo estuvo fuera de Cristo. El pecado, en efecto, o es original, y de éste fué limpiada en el seno materno, o es mortal o venial, y de estos fué enteramente libre. De aquí que se diga en el Cantar de los cantares: "Toda eres hermosa, amiga mía; no hay defecto alguno en ti". Y dice San Agustín: Exceptuando la Santísima Virgen, si viviesen ahora todos los santos y santas y les preguntásemos si estaban sin pecado, todos exclamarían unánimemente: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañaremos a nosotros mismos y no morará en nosotros la verdad. Excepto, digo, esta Santa Virgen, de quien, en honor del Señor, no me es posible hablar cuando de pecado se trata".

Sabemos, en efecto, que le fueron dadas las mayores gracias para vencer al pecado, porque había merecido concebir y parir a Quien consta no tuvo pecado alguno. Pero Cristo supera a la Bienaventurada Virgen en esto: que fué concebido y nació sin pecado original, mientras que la Virgen únicamente nació sin él (3).

Por otra parte, la Virgen practicó todas las obras de virtud. Los demás Santos sobresalen especialmente en alguna: uno en la humildad, otro en la castidad, otro en la misericordia, etc., y por esto se nos proponen como ejemplo de virtudes especiales: así, San Nicolás como ejemplo de misericordia, etc. La Virgen, empero, se nos propone como ejemplo de todas las virtudes: Y así, puedes ver en ella un ejemplo de humildad cuando dice (Luc. 1): "He aquí la esclava del Señor", y algo después: "porque ha puesto los ojos en la pequeñez de su esclava". Puedes ver en ella la castidad al decir: "no conozco ni jamás conoceré varón alguno"; y así todas las demás virtudes.

Así que la Bienaventurada Virgen es llena de gracia en cuanto a la virtud y en cuanto a la limpieza de mal.

b) Porque esta plenitud de gracia, redundando en ella de su alma en su cuerpo. Gran cosa es para un Santo tener la gracia suficiente para santificar su alma; pero el alma de la Virgen la poseyó con tal sobreabundancia que de ella se difundió en su carne y concibió al hijo de Dios. Y así, dice Hugo de San Víctor: "Ardía en su corazón el amor del Espíritu Santo con una fuerza tan singular que operó milagrosamente en su carne, en tanto que de ella había de nacer un hombre Dios" (4).

c) Terceramente, porque su gracia se derrama sobre todos los hombres. Gran cosa es en un alma santa poseer gracia bastante, no sólo para salvarse a sí misma, sino para

(3) Santo Tomás, devotísimo de la Virgen, como aparece en este opúsculo, lleno de unción y maravillosa delicadeza, indica en él, que María «fué purificada de pecado original en el seno materno». La autoridad de la escuela tomista, más o menos fiel al Santo Doctor, contribuyó a atrasar hasta el siglo XIX la declaración del dogma de la Inmaculada Concepción. Parece como si la Providencia divina se hubiera servido de este medio para procurar a nuestros tiempos, tan necesitados, las esperanzas que ella ha venido a traer a la Iglesia...

(Vd. CRISTIANDAD, número de prueba, el artículo «La Inmaculada Concepción esperanza de la cristiandad», Ed. n.º 17, P. 392, cita de Pio IX; cfr. Mandounet Dict. Theol. Cat. L. VI, 1.ª parte Col. 899.)

(4) Por cuya causa el fruto santo que de ti nacerá será llamado Hijo de Dios. (Luc. 1.)

(1) Ps. 130; «Qui facit angelos suos spiritus». etc.

(2) Dan. 7: «Miles de miles le servían, y millones estaban ante su presencia».

explica el Ave María...

(Opus. VI, T. 28, Ed. Vives)

salvar también a otros; pero poseerla en tal extremo que baste para salvar a todos los hombres del mundo, ya no puede darse más; y esto ocurre en Cristo y en la Virgen Bienaventurada. De todo peligro, en efecto, puedes librarte recurriendo a Ella. Por esto dice el Cantar de los cantares: "Tu cuerpo es recto y airoso como la torre de David, ceñida de baluartes, de la cual cuelgan mil escudos, arneses todos de valientes" (Cánt., 4, 4). Puedes obtener su ayuda en toda obra virtuosa, y así dice ella misma en el Eclesiástico, 24: "En mí está toda esperanza de vida y de virtud".

De todas estas maneras está María llena de gracia; y así aventaja a los ángeles en la plenitud de ella; y por esto bien le sienta el nombre de "María", que se interpreta "llena de luz" en sí misma (y por esto dice Isaías, 58: "llenará el Señor de resplandores tu alma") "iluminadora" para otros, para todo el mundo; y por esto se la compara al sol y a la luna: En segundo lugar les aventaja en *familiaridad e intimidad con Dios*, y para significar esta intimidad díjole el ángel: "El Señor es contigo", como si dijera "Te respeto porque eras más allegada a Dios que yo, pues el Señor está contigo". El Señor, no sólo el Padre sino también el Hijo; a lo cual, jamás criatura alguna, ángel u hombre, llegó: "El fruto santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios" (Luc. 1). Llevará a Dios Hijo en tus entrañas: "Salta de gozo, casa de Sion, y entona himnos de alabanza; pues es grande en medio de ti el Santo de Israel" (Is. 12).

¡De qué manera más distinta está el Señor con la Santísima Virgen que con el ángel! Con éste está como Señor; con ella como Hijo.

Y está todavía el Señor con ella como Espíritu Santo: "El Espíritu Santo descenderá sobre ti..." (Luc. 1).

La intimidad de la Virgen con Dios es, pues, superior a la del ángel: pues con ella está el Señor Padre, el Señor Hijo, el Señor Espíritu Santo, o sea, la Trinidad toda. Por esto se canta de ella "noble morada de la Trinidad toda" (5). Por esto "Dominus tecum" son las más nobles palabras que pueden decirse. Con razón, pues, el ángel la venera; porque es la Madre del Señor, y por consiguiente Señora ella también. Y por esto le conviene ciertamente el nombre de "María", que en Siríaco significa "Señora".

En tercer lugar, *aventaja a los ángeles en pureza*; porque la Santísima Virgen no sólo era pura en sí, sino que procuró la pureza a los demás. Ella en efecto fué purísima en sí misma en cuanto a la culpa, ya que no incurrió en pecado mortal ni venial. Lo mismo en cuanto a la pena. Tres maldiciones, en efecto, fueron pronunciadas contra el hombre a causa del pecado. La *primera*, dada contra la mujer: "que concebirá con detrimento de su integridad, llevará con molestia su preñez y dará a luz con dolor"; y de ella fué inmune la Santísima Virgen, pues concibió sin detrimento, llevó sin molestia al Salvador y lo alumbró con gozo. "fructificará copiosamente con gozo y alborozo" (Is. 35).

La *segunda*, se dió contra el hombre; a saber: "comerás el pan con el sudor de tu rostro", y de esto fué inmune la Santísima Virgen, si, como dice el Apóstol en la epístola 1.^a a los Corintios, las vírgenes están desligadas del cuidado de este mundo y se dedican sólo a Dios.

La *tercera*, se dió contra el hombre y la mujer a la vez, a saber: "que se convertirían de nuevo en polvo"; y tam-

poco ella alcanzó a la Virgen, que con su cuerpo fué asunta a los cielos. Creemos, en efecto, que después de la muerte fué resucitado y llevada al cielo. "¡Oh Señor! Levántate y ven al lugar de tu morada, tú y el "arca" en que brilló tu santidad" (Ps. 131).

Inmune, por lo tanto, de toda maldición, fué por esto bendita entre todas las mujeres. Sólo ella levantó la maldición, llevó la bendición y abrió la puerta del paraíso. Y así, le conviene también por este título el nombre de "María", que se interpreta "Estrella del Mar"; porque así como por la estrella del mar son dirigidos los navegantes al puerto, así los cristianos por María son llevados a la gloria.

* * *

"BENEDICTUS FRUCTUS VENTRIS TUI". El justo consigue lo que el pecador busca a veces y no puede alcanzar. "La hacienda del pecador está reservada para el justo", dice el libro de los Proverbios (23, 22). Así Eva buscó el fruto y no encontró cuanto quería; la Bienaventurada Virgen, en cambio, encontró en su fruto cuanto Eva había deseado. Pues Eva, en su fruto deseaba tres cosas: *primero*, lo que falsamente le prometió el diablo, es decir, "seréis como dioses, conocedores de todo, del bien y del mal". "Seréis como dioses", dijo el Mentiroso; y mintió, porque mentiroso es y padre de la mentira. Y Eva, comiendo el fruto, no devió semejante a Dios, sino desemejante, porque pecando se apartó de Dios, su salud, y fué por ello expulsada del Paraíso. Y esto lo alcanzó la Beatísima Virgen y todos los cristianos con ella en el fruto de su vientre, ya que por Cristo nos unimos y asemejamos a Dios: "Cuando apareciere, seremos semejantes a él" (I Joan. 3). Etc.

Segundo, en su fruto quiso encontrar Eva placer, porque "vió que el fruto de aquel árbol era bueno para comer, y de aspecto deleitable" (Gen. 36); pero no lo encontró, sino que inmediatamente se dió cuenta de su desnudez y experimentó dolor. Pero en el fruto de la Virgen encontramos suavidad y salvación. "Quien come mi carne tiene vida eterna" (Jo. 6, 55).

Tercero: el fruto de Eva era "bello a los ojos" (ut supra) pero más bello el fruto de la Virgen, que los ángeles desean contemplar. "¡Oh tú, el más gentil en hermosura entre los hijos de los hombres!" (Ps. 44), y esto porque es reflejo de la gloria del Padre.

Así, pues, lo que el pecador busca en sus pecados y no encuentra, Eva tampoco lo alcanzó en el suyo al comer el fruto. Considerando esto, busquemos cuanto deseamos en el fruto de la Virgen. Porque este fruto es bendito por Dios; que de tal manera lo llenó de gracia, que ésta se extiende hasta nosotros cuando le hacemos reverencia. "bendito el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha colmado en Cristo de toda suerte de bendiciones espirituales del cielo".

Digan, pues, los ángeles: "bendición y gloria y sabiduría y acción de gracias, y honra y poder y fortaleza, para nuestro Dios" (Apoc. 7).

Digan los hombres: (Philip. 2, 11) "Toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en gloria de Dios Padre", o, según el Psal. 117, "Bendito sea el que viene en el nombre del Señor".

Bendita, pues, la Virgen; pero más bendito el fruto de su vientre, Jesús.

(5) Totius Trinitatis nobile trichinium.

¿FILOSOFÍA ESCOLÁSTICA O FILOSOFÍA TOMISTA?

INTRODUCCIÓN

“Cuando prescribimos la filosofía escolástica entendemos principalmente aquella que enseñó Santo Tomás de Aquino”. Encíclica Pascendi

Partamos del supuesto de que los últimos cien años de la vida de la Iglesia: de Pío IX a Pío XII — forman un periodo con unidad propia. Gregorio XVI lo prepara. Pío X lo define: “Se trata de la Religión Católica y su seguridad”. Llamémosle *periodo de lucha contra la Revolución liberal*.

La Iglesia procura ante todo fortalecerse en su espíritu sobrenatural, que opone al espíritu moderno. Medios principales para ello son: el robustecimiento de la nota de Unidad con la declaración del dogma de la Infabilidad pontificia; el ejercicio cada vez más intenso por parte de los Papas de su magisterio supremo; la reforma del clero y de la enseñanza; el fomento de la devoción a la Eucaristía; la atención prestada a las obras misionales; la movilización de los seglares en las filas de la Acción Católica; la codificación del Derecho canónico; la declaración del dogma de la Inmaculada Concepción de María; la insistencia creciente en hacer notar la virtualidad salvadora de la devoción al Corazón de Cristo.

Todo ello ha sido ya tratado desde las páginas de CRISTIANDAD. Vamos a intentar hoy, en este número dedicado a Santo Tomás de Aquino, plantear, con la ayuda de Dios, un problema que anunciábamos en un artículo anterior (1) con el mismo interrogante que encabeza estas líneas: *¿Filosofía escolástica o filosofía tomista?*

EL ESPÍRITU DEL SIGLO

“Eritis sicut dii”; “cum cognovissent se esse nudos...” (Gen. III, 5, 7).

No hay errores más perniciosos que aquellos que tienen por objeto la inteligencia misma, dice Santo Tomás en su opúsculo de polémica contra el averroísmo.

La filosofía moderna, que gira toda ella en torno al llamado *problema crítico* (capacidad de la mente humana para conocer la verdad) es precisamente esto: un constante error sobre la inteligencia, que busca un punto de equilibrio al margen de la fe, expresamente rechazada.

Un postulado se mantiene en todas las escuelas: el *agnosticismo*. “La razón humana, encerrada rigurosamente en el círculo de los *fenómenos*, es decir, de los objetos que aparecen y tales ni más ni menos como aparecen, no posee la facultad ni el derecho de franquear estos límites; siendo, en consecuencia, incapaz de elevarse hasta Dios, ni aún para conocer su existencia por medio de las criaturas” (Pascendi).

Bajo este presupuesto común se diviniza o vilipendia a la razón alternativamente.

Kant niega a la metafísica el carácter de ciencia. Lo que nos parece ver en las cosas de universal y necesario no son más que formas a priori del sujeto pensante. No hay más leyes que las de la Lógica. La “naturaleza” con sus leyes es fruto de nuestra espontaneidad.

El idealismo dará un paso más. La lógica es metafísica. Toda la filosofía es un esfuerzo milenar de la mente humana para conocerse a sí misma. Lo racional y lo real se confunden.

Tesis parecidas se defienden en filosofía del derecho, y se establece que las leyes sociales, (lo mismo que las leyes ontológicas) penden exclusivamente de nuestra razón. Es el espíritu que anima la Constitución Americana como la Revolución francesa.

En 1830 sube Luis Felipe. En 1831 fallece Hegel. París vuelve a dar a Europa la tónica intelectual. Es el imperio del *positivismo*.

Se niega la Metafísica. Se exalta la Ciencia. Viene como nunca el fraccionamiento del saber, el gusto por el trabajo especializado. Pululan las escuelas. En realidad, todo pensador es jefe de escuela, general sin ejército, y en nada más se ocupan que “en decir u oír algo nuevo”.

De una mentalidad que se materializa cada vez más y en aparente oposición con ella brota el tallo putrescente del espiritualismo francés. En España se presenta la variante del Krausismo. Lo mismo da. Es lo pegajoso contra lo brutal.

Es curioso; ocurre que la “filosofía” llega a tener conciencia de su desnudez. La reacción es siempre desvergonzada. A momentos, bromea; a momentos, pretende incluso justificar en el sentimiento de “angustia” nacido de tanta vaciedad su propia existencia, y pone en la angustia el inicio del filosofar. Sigue desconociendo la humildad. Y lo peor es que este espíritu penetra en nuestras filas. El *modernismo* se extenderá incluso entre católicos luchadores que han cometido la imprudencia de “flirtear” con los sistemas adversos, tratándolos con estima y respeto. La “Pascendi” es una voz suprema de alarma. ¿Qué nos dice la Iglesia?

EL ESPÍRITU DE LA IGLESIA

“Sobrii estote et vigilate quia adversarius vester diabolus tamquam leo regiens circuit, quarens quem devoret; cui resistite fortes in fide” (I Petr. V, 8).

Indicaremos dos aspectos: A. — A qué título la Iglesia interviene en cuestiones científicas y en particular en la Filosofía. B. — Las declaraciones sucesivas con que ha ido fijando su posición.

A

Para tratar el primer aspecto, nos parece lo mejor acudir a la Encíclica “Aeterni patris”, que ya conocen algo nuestros lectores (2).

Escribe León XIII en dicha Encíclica:

“No hubieran durado mucho tiempo los frutos de las celestiales doctrinas por las que adquirió el hombre la salud a no haber establecido Cristo nuestro Señor un magisterio perpetuo, encargado de instruir los entendimientos en la fe. La Iglesia, por su parte, con tal perfección y fidelidad cumplió siempre este encargo que puso siempre su empeño en dar lecciones de Religión y en traer perpetua guerra contra el error. A este fin se ordena la nunca interrumpida solicitud de los Pontífices Romanos, a quienes, como sucesores que son de San Pedro, Príncipe de los Apóstoles, pertenece el derecho y la obligación de enseñar y de confirmar en la fe a sus hermanos”.

El magisterio de la Iglesia tiene, pues, por objeto primario enseñar la fe de Cristo, por la que adquiere el hombre la salud. Mas toda vez que, según el aviso del Apóstol, por medio de una filosofía inútil y falaz y con vanas

(1) CRISTIANDAD, núm. 10, p. 277.

(2) CRISTIANDAD núm. 10, p. 22; y ss.

sutilezas suelen los enemigos de la Religión proponer doctrinas que entenebrecen la inteligencia y corrompen las costumbres, por esto mismo "juzgaron siempre los pastores supremos de la Iglesia que era cosa tocante a su ministerio el esforzarse también para elevar la verdadera ciencia y procurar con singular vigilancia que en todas partes se enseñaran las disciplinas científicas conforme a las doctrinas de la fe, especialmente la filosofía; pues de ella depende en gran parte la índole de las otras ciencias".

Del recto uso de la Filosofía se siguen para la Religión grandes beneficios:

"Cuando los sabios emplean como deben la Filosofía no hay duda sino que puede allanar el camino de la fe y guardarlo, y disponer convenientemente los ánimos que la cultivan a recibir las verdades reveladas: lo cual indujo a llamarla ora "preliminar de la fe cristiana" (como hace Clemente de Alejandría) ora "preludio y auxilio del cristianismo" (Orígenes) ora "pedagogo en orden al Evangelio".

Como preludio y defensa de la fe los Sumos Pontífices prestan a la Filosofía la mayor atención. Su intervención en las cuestiones filosóficas está regulada según este punto de vista. Y así, de la misma manera que en el orden político, vgr., el Romano Pontífice reconoce a los Gobiernos plena autoridad e independencia mientras no entre en juego alguno de los supremos intereses confiados a su custodia, igualmente, en el terreno de la ciencia deja a los pensadores plena libertad de movimientos mientras no se comprometan las bases racionales de la fe.

Hay, en efecto, un grupo de verdades que debe aceptar todo pensador católico, sin las cuales la fe no puede subsistir: tales son las que se refieren a la existencia, trascendencia y personalidad de Dios; origen y destino del hombre; existencia de un orden moral objetivo, etc.

Tales verdades no pueden ser negadas sin temeridad y en la mayoría de los casos sin herejía formal. En efecto: aunque estén al alcance de la razón, dada la condición presente del género humano, Dios ha tenido a bien manifestárnoslas para que "allegándose a la luz natural el testimonio divino, fueran conocidas de todos fácilmente y sin mezcla alguna de error" (3).

Tal conjunto de verdades, que constituyen la auténtica Filosofía perenne forman el patrimonio común de la escolástica; y por esto dicha filosofía es obligatoria dentro de la Iglesia.

B

Y ya que hemos tomado como base la Encíclica "Aeterni patris" para exponer el primer problema que nos hemos planteado: a qué título interviene la Iglesia en las cuestiones filosóficas, tomémosla también ahora como punto de partida para exponer en breves trazos como, históricamente, ha ido precisando cada vez más la Iglesia su actitud.

La Encíclica "Aeterni Patris" empieza indicando las relaciones que hay entre la Fe, o conjunto de verdades apoyadas en la revelación, y la Filosofía, o conjunto de verdades apoyadas en las solas fuerzas de la razón. Muestra, no tan sólo que no hay incompatibilidad alguna entre ambas, o que de su mutua alianza se siguen para una y otra grandes beneficios: sino que afirma su solidaridad:

"Consta como verdad que las sentencias contrarias a la fe pugnan así mismo con la recta razón; por ello, el filósofo

(3) Concilio Vaticano. Vd. Denz. 1786: «Huic divinae revelationi tribuendum quidem est ut ea quae in rebus divinis humanae rationi per se impervia non sunt in praesenti quoque generis humani conditioni ab omnibus expedite, firma certitudine et nullo ad mixto errore cognosci possint», o también en «Las veinticuatro tesis tomistas», Ed. Hugon, O. P. «La Ciencia Tomista», Madrid.

sofo católico tiene por indudable que a un mismo tiempo violaría los fueros de la razón y los de la fe, si llegara a admitir cualquier conclusión que entendiéndose ser contraria a la doctrina revelada".

Este perfecto acuerdo de la fe y la razón tiene una prueba de hecho en la Historia de la Filosofía. León XIII desarrolla largamente este aspecto. Esta prueba pone en relieve dos hechos: primero, que hay dentro de la Iglesia una auténtica tradición filosófica; que, sin rebajar el valor individual de cada pensador, recibe del acuerdo unánime de todos un aumento innegable de vigor. Segundo, que entre todos los doctores de la Iglesia, Santo Tomás de Aquino es quien ha llevado a mayor altura la empresa común.

Reproduzcamos, tan sólo, el testimonio de Inocencio VI, que la *Aeterni Patris* recoge:

"Si se exceptúa la doctrina católica, la de éste (Santo Tomás) excede a todas en la propiedad de las palabras, en el estilo y modo de hablar, en la verdad de las sentencias: de forma que a los que la siguiesen y tuviesen, jamás se les verá fuera de las vías de la verdad; y los que la impugnaren siempre serán tenidos por sospechosos de abandonarlas".

Por esto,

"Muchos de los que cultivan las ciencias filosóficas, para cumplir su saludable intento de restaurar en nuestros días la filosofía, con felicísimo acierto han empezado por restablecer la doctrina esclarecida de Santo Tomás de Aquino, y restituírle su antiguo y debido honor..."

Hay, pues, una magna tradición cristiana en mala hora semiabandonada: León XIII nos invita a situarnos de nuevo dentro de su corriente. Como todo renacimiento, el actual resurgir de la filosofía católica se inicia, pues, con un retorno a las fuentes.

Ahora bien; al definir estas fuentes, León XIII utiliza a menudo el término de filosofía escolástica, mientras que otras veces se refiere en concreto a la filosofía de Santo Tomás. Cabe entonces preguntarse: ¿Es que la filosofía tomista absorbe en sí toda la tradición que el Pontífice pretende restaurar? ¿Se confunden en un solo significado las expresiones "filosofía escolástica" y "filosofía tomista"?

Sigamos adelante en nuestra investigación, y veamos la dirección que imprime a este problema el Pontífice siguiente, Pío X.

LA INTERVENCIÓN DE PÍO X

Las orientaciones de León XIII no fueron bien recibidas en los ambientes modernistas. "La doctrina de Santo Tomás, se dice, tiene exactitud de expresión, pero su fuerza persuasiva es nula para los tiempos en que, de grado o a la fuerza, hemos de vivir".

El paralelo con las doctrinas político-liberales es fácil de establecer. La Iglesia debe adaptarse en sus enseñanzas a la mentalidad de nuestra época "que necesita una apologética completamente nueva para dejarse persuadir", de la misma manera que necesita el llamado "derecho nuevo" (4) para dejarse gobernar.

Ante tal actitud, el Santo Adversario del modernismo se limita, de momento, a reproducir las enseñanzas e incluso las palabras de su predecesor:

"En primer lugar, por lo que toca a los estudios queremos y definitivamente mandamos que la filosofía escolástica se ponga por fundamento de los estudios sagrados. A la verdad, si algo excogitaron los doctores escolásticos que no concuerde con las doctrinas demostradas en tiem-

(4) Encicl. «Diuturnum»

pos más recientes, en manera alguna tenemos el intento de proponerlo a nuestros contemporáneos.

Lo principal que hay que notar es que cuando prescribimos que se siga la filosofía escolástica *entendemos principalmente aquella que enseñó Santo Tomás de Aquino*, acerca de la cual cuanto decretó nuestro predecesor queremos que siga vigente...”

Poco a poco la frase del Pontífice va haciéndose más contundente y precisa:

“A los maestros les exhortamos a que tengan fijamente presente que *el apartarse del Doctor de Aquino, en especial en las cuestiones metafísicas, nunca dejará de ser de gran perjuicio*”.

Hasta llegar al célebre “*motu proprio*” de 1914, publicado dos meses antes de estallar la guerra europea. En este documento la doctrina de Santo Tomás parece no sólo recomendaba, sino impuesta. Las amonestaciones anteriores han sido desvirtuadas con subterfugios. La frase del Pontífice es vibrante:

“Habiendo Nos dicho en el lugar citado (Enc. “*Pascencia*”; Letras “*Sacrorum Antistitum*”) que la filosofía de Santo Tomás se ha de seguir *principalmente*, y no habiendo escrito la palabra “*únicamente*”, algunos han creído que se conformaban con nuestra voluntad o al menos que no se oponían a ella, si en las materias enseñadas en filosofía por cualquiera de los Doctores escolásticos, aunque estas enseñanzas se contrapusieran a los principios de Santo Tomás, optaban indistintamente por ellas. Mas su parecer les ha engañado en gran manera. Es evidente que al proponer a Santo Tomás como principal adalid de la filosofía escolástica, *Nos queríamos entender esto sobre todo de los principios del Santo, en cuyos fundamentos descansa toda su filosofía*” (5).

Una primera dificultad se plantea: ¿Cuáles son estos principios de la metafísica tomista?

Bajo la inspiración del Cardenal Billot fueron redactadas veinticuatro tesis que se consideraba reproducían fielmente los “*principia et pronunciata maiora*” de la metafísica del Doctor Angélico. La Sagrada Congregación de Estudios las aprobó en este sentido. Ya se había resuelto, con ello, la primera dificultad. Pero una segunda aparecía al instante. En ocasión del Centenario de Suárez (1917) una revista española la ponía de manifiesto de modo estridente: apoyándose en los pasajes fundamentales de la obra del Doctor Eximio, opuso, una a una, a las veinticuatro tesis tomistas, otras tantas tesis suarecianas. De esta confrontación resultaba que *tan sólo una de ellas era coincidente con la correlativa del Doctor Angélico*.

El articulista terminaba invitando a la Compañía de Jesús a abandonar, de una vez para siempre, los “*errores*” de Suárez, esgrimiendo las disposiciones pontificias. ¿Qué alcance tenían, pues, estas disposiciones?

EL FALLO DE BENEDICTO XV

Habiase consultado ya a la Santa Sede respecto a este extremo, en busca de una interpretación auténtica. Siendo a la sazón Pontífice Benedicto XV, la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades, con asistencia del Cardenal Mercier, celebró dos sesiones plenarios en febrero de 1916, decidiendo que las 24 tesis, expresivas de los principios metafísicos del tomismo, podían proponer-

se como normas directivas seguras (6). Benedicto XV confirmó con su autoridad suprema la decisión de los Cardenales, y en una audiencia particular concedida al dominico Padre Hugon manifestó su deseo de que “*fueran propuestas como la doctrina preferida por la Iglesia*”.

La decisión de Benedicto XV tranquilizó a los que militaban en otras escuelas. El Papa autorizó explícitamente al General de la Compañía de Jesús para que se profesara en la Compañía la doctrina de Suárez, en una carta que sentimos no poseer en este momento.

De los textos citados se deduce, con todo, que si no impone la Iglesia el sistema tomista extricto, sin embargo lo avala, podríamos decir, con su autoridad. Le llama “*su doctrina preferida*”, considera las tesis de la metafísica tomista como “*normas directivas seguras*”. En este sentido hablará igualmente Pío XI en la Encíclica “*Studiorum Duce*”:

“Entre los amadores de Santo Tomás, como conviene que sean todos los hijos de la Iglesia que estudien las disciplinas superiores, deseamos aquella honesta emulación en justa libertad en que progresan los estudios; mas no aquella aspereza que nada presta a la verdad y sólo vale para disolver los vínculos de la caridad. Sagrado sea para todos lo que el Código de Derecho canónico prescribe: que “*los estudios de Filosofía racional y de Teología traten estas enseñanzas conforme enteramente al método, doctrina y principios del Doctor Angélico, y santamente los guarden*”. Que todos procedan de acuerdo con esta norma, de manera que todos puedan llamarle en verdad su Maestro.

Pero no exijan unos de otros más de lo que exige de todos la Iglesia, maestra y madre de todos; *en estas cuestiones de que suelen disputar en las escuelas en contrarias partes los autores de más renombre a nadie ha de prohibirse seguir la sentencia que considera más verosímil*”.

Y añade:

“*HONRANDO A SANTO TOMÁS LO QUE ANTE TODO SE ENSALZA ES LA AUTORIDAD DE LA IGLESIA DOCENTE*”.

* * *

En resumen: los pensadores católicos tienen obligación de profesar la doctrina y método escolástico tradicional, en cuanto con ello se salvaguardan las bases racionales de la fe y se descarta el peligro grave de error; tienen libertad, dentro de la escolástica, de profesar la opinión que les parezca más verosímil en aquellas cuestiones en que los autores de mejor nota disputaron en sentido contrario; la Iglesia, por fin, les recomienda y garantiza entre todas la doctrina de Santo Tomás, atribuyendo especial importancia a sus principios metafísicos.

El lector habrá notado ya el notable alcance de lo que se discute. Repitémoslo: se trata de si es posible, sí o no, fuera del sistema tomista estrictamente considerado, mantener las tesis clásicas de teodicea sobre la existencia, naturaleza y atributos de Dios; sobre la espiritualidad del alma, etc.; que son la base racional de la revelación; si es requisito previo para fundamentar sólidamente nuestra religión, aceptar todas y cada una de las veinticuatro tesis que resumen la metafísica tomista. En un próximo artículo, Dios mediante, volveremos sobre este tema.

Jaime Bofill

(5) Vd. la importantísima Enc. «*Pascencia*», en la «*Colección de Encíclicas y Cartas pontificias*» publicada por la Acción Católica Española.

(6) «*Omnes illae vigintiquator Theses philosophicae germanam doctrinam Sancti Thomae expriment, eaque proponantur veluti tute enormae directivae*». Vd. Ed. Hugon, op. cit.

Santo Tomás de Aquino

y la DIVINA COMEDIA

Un filósofo y un poeta. La cumbre de la filosofía cristiana medieval y la cumbre de la poesía de esta misma época. El enunciado de este artículo encierra en sí mismo una paradoja. Porque ¿qué tiene que ver la filosofía con la poesía? Y ¿cómo puede hablarse de la influencia de una obra filosófica como la del Doctor Angélico en otra obra que al fin y al cabo ha conquistado la inmortalidad por ser la revelación de uno de los poetas más geniales del mundo? ¿Es posible, en todo caso, dar expresión genuinamente poética a una exposición de ideas filosóficas? Pero lo positivo es que la *Divina Comedia* se nos impone por la grandeza de esos dos aspectos al parecer inconciliables, y que su autor, dando en su grandioso poema amplia cabida a las doctrinas teológicas y filosóficas del más eximio representante de la Escolástica, ha tenido el secreto de mantener su inmensa creación en las alturas más vertiginosas de la inspiración. Secreto indescifrable, contra el que se han estrellado todos los esfuerzos de la crítica —y no han sido pocos— para penetrarlo y esclarecerlo. No intentaré, pues, siguiendo el ejemplo de otros, trazar la línea divisoria entre lo que es poesía y lo que es filosofía en la gran creación dantesca y empezaré por aceptar la realidad del misterio de esta obra única en el mundo en que la filosofía y la poesía, si no se funden una con otra, se dan constantemente la mano para entretejer la danza más maravillosa de ideas y sentimientos, de conceptos e imágenes, de abstracción y plasticidad, de razón y pasión, que han visto los siglos. Aceptamos, pues, como un hecho incontrovertible, la presencia viva del pensamiento filosófico de Santo Tomás en la *Divina Comedia* y probemos de hacer sobre ello nuestro modesto comentario.

* * *

No sólo es la filosofía de Santo Tomás la que está viva y palpitante en el inmenso poema, en el que, como declara su autor, "el cielo y la tierra pusieron sus manos". Es el mismo Doctor Angélico el que hace acto de presencia en la considerable extensión de cinco Cantos del *Paraíso* (X, XI, XII, XIII y XIV). Dante encuentra a Santo Tomás en el Cuarto Cielo, el presidido por el Sol, donde el poeta coloca el lugar de bienaventuranza de los grandes teólogos de la Iglesia. "Da gracias al Sol de los Angeles —le dice Beatriz— que te ha levantado con su gracia a este sol perceptible a tus sentidos". Inmediatamente ve unos fulgores vivos y más luminosos que el sol formando una corona en torno de él y su guía y compañera. Las luces cantan y su canto era de tal naturaleza que "el que no tiene alas para volar por aquellas celestes esferas no puede tener idea de él". Al dulce son de este canto giran tres veces alrededor del poeta aquellas luces maravillosas que son las almas bienaventuradas de los teólogos. Luego, oye el poeta salir de uno de aquellos luceros una voz que le habla y se da a conocer. Es Tomás de Aquino, el cual empieza por satisfacer la curiosidad del peregrino del Otro Mundo nombrándole los que con él forman la guirlanda

danzante de los bellos luceros. Son los siguientes: San Alberto Magno, su querido maestro, Graciano, Pedro Lombardo, Salomón, San Dionisio Areopagita, San Ambrosio o, según algunos, Orosio, Boecio, San Isidoro, Beda, Ricardo de San Víctor y Sigiero. En el Canto XI Santo Tomás de Aquino cuenta a Dante toda la vida de San Francisco de Asís. En el Canto siguiente, el XII, aparece otra rueda de luces rodeando a la primera, y por unos momentos el poeta ve girar en torno suyo "las dos guirnalda de aquellas sempiternas rosas", hasta que de una de las nuevas luces brota una voz que le declara ser San Buenaventura. El poeta, con un bello paralelismo, así como en el Canto precedente hace contar a Santo Tomás, el teólogo dominico, la vida de San Francisco, ahora pone en boca de San Buenaventura, el gran teólogo franciscano, la vida de Santo Domingo de Guzmán. ¡Delicada e ingeniosa manera de expresar el ideal de fraternal conciliación entre las dos grandes escuelas teológicas cuya rivalidad llegaba algunas veces en aquella época a extremos de lamentable apasionamiento! San Buenaventura, como ha hecho antes Santo Tomás de Aquino, da a conocer al poeta a los grandes teólogos de su escuela cuyas almas bienaventuradas resplandecen con la suya en los luceros de esta segunda guirnalda. Son los siguientes: Iluminato y Agostino (dos de los primeros frailes de San Francisco), Hugo de San Vicente, Pedro Comestor, Pedro Hispano, Natán profeta, San Juan Crisóstomo, San Anselmo, Donato, Rabano Mauro y Joaquín da Fiore. Cada una de estas dos coronas se compone de doce luceros, la primera presidida por Santo Tomás, la segunda por San Buenaventura, en total veinticuatro luces que el poeta compara a dos constelaciones circulares, concéntricas e iguales del cielo estrellado que girasen una dentro de otra en sentido contrario y con un centro común. Las veinticuatro luces terminan su maravillosa danza cantando un himno al misterio de la Santísima Trinidad y al de las dos naturalezas unidas en la Segunda Persona hecha carne. A continuación y ya en el Canto XIII el Santo de Aquino vuelve a tomar la palabra para resolver algunas dudas que sus primeras palabras han suscitado en la mente del poeta. La escena continúa en el Canto XIV en el que es Beatriz la que presenta una duda y Salomón quien se la resuelve. Finalmente, al acabar de hablar Dante, ve en aquel Cielo aparecer nuevas luces y nuevas constelaciones más lejanas, como nuevas guirnalda de luceros concéntricas a las dos primeras. "¡Oh verdadero esplendor del Santo Espíritu!" acaba exclamando el poeta. "¡Cómo me apareció fúlgido y ardiente a mis ojos, que no pudieron sostener su vista!"

Es de calidad imponderable la belleza de todos estos pasajes de la *Divina Comedia* en los que se combinan genialmente las ideas más sublimes de la teología católica con la emoción más viva, con la imaginación más prodigiosa, con el sentido artístico más depurado, de tal suerte que no es posible trazar la línea divisoria de lo que es poesía y no filosofía y de los que es filosofía y no poesía

en estos Cantos del Poema en los que las mismas doctas disertaciones del Doctor Angélico surgen del fúlgido lucero de su alma transidas de la misma vibración lírica que el poeta deja oír en la melodía celeste con la que hace girar en una danza sagrada las dos guirnalda de almas bienaventuradas. El que lea sin apriorismos estos fragmentos y tantos otros del *Paradiso*, embebidos, como éstos, de doctrina teológica, habrá de convenir, por poca que sea su sensibilidad poética, en que todo lo abstracto y conceptual de su contenido ha quedado allí fundido por un inefable milagro del numen genial de su autor en la más pura llama de poesía.

* * *

Lo que sí valdría la pena sería estudiar humildemente, devotamente, este milagro, no para explicarlo racionalmente, sino para descubrir el camino que ha permitido al poeta llegar a esta maravilla de hacer de la filosofía vehículo e instrumento de la poesía.

El Cristianismo favoreció aún más que el paganismo la intervención del elemento sobrenatural en la literatura. Las visiones del Antiguo y del Nuevo Testamento, los milagros de los mártires, los prodigios de los anacoretas, etcétera, fueron temas constantes en la literatura medieval. En particular, estuvieron en boga y gozaron del favor popular los viajes al Otro Mundo, entre los cuales pueden citarse los sueños de Santa Perpetua y San Cipriano, la peregrinación de San Macario Romano al Paraíso Terrenal, el rapto del joven Alberico, el Purgatorio de San Patricio, los viajes milagrosos de San Brendan, la visión de Tundal, etc. Dante no hizo más que seguir el ejemplo de tantos otros al construir el gran poema prometido para la glorificación de Beatriz en el mundo sobrenatural del Cristianismo. El poema concebido así en la esfera sobrenatural no solamente le permitió abarcar el mundo visible y el invisible, todas las generaciones de la humanidad, la historia de todos los pueblos, todos los reinos de la creación, sino que le brindó la ocasión de desplegar sus vastos conocimientos y sus profundas ideas para construir una grandiosa exposición de la filosofía de su época.

Pero la filosofía era de difícil, si no imposible, acoplamiento con el esencial elemento artístico y propiamente poético de su obra. Debía encontrar un medio que permitiera la fusión más perfecta posible de la filosofía y de la poesía. Este medio lo encontró en la misma tradición de la Iglesia que lo ha aplicado ya desde los primeros tiempos a las solemnidades del culto y de la liturgia. Este medio es el *simbolismo*, lenguaje filosófico porque sirve de vehículo a las ideas y a las abstracciones intelectivas, y a la vez eminentemente poético porque para la expresión de aquéllas se vale de imágenes. Dante, como muchos de los grandes escritores cristianos anteriores a él, encontraron en la Biblia un manantial inagotable de símbolos y los utilizó en gran escala revistiéndolos con los más espléndidos ropajes de la fantasía. La *Divina Comedia* es una obra de intención filosófica pero de realización poética. Y esto es, en substancia, lo que dice él mismo en la Dedicatoria del *Paradiso* a Can Grande della Scala, cuando declara que el poema tiene un doble sentido: uno literal (esto es, el que surge espontáneamente de toda obra poética) y otro alegórico o moral (es decir, el que resulta del valor simbólico de la palabra poética). Así, la filosofía medieval, llegada a su cumbre en la Escolástica y sobre todo en la obra grandiosa del Doctor Angélico, halló en el genio de Dante un instrumento providencial para eternizarse en el lenguaje de la poesía. Poesía grávida de pensamiento filosófico; filosofía vivificada por el aliento poético. De estas dos maneras podemos definir el prodigioso poema del Alighieri en el cual el mundo natural y el sobrenatural están interpretados, en una visión de grandiosa subli-

midad, con el pensamiento del filósofo y la intuición del poeta, fundido todo en su titánica personalidad.

* * *

Mucho y excelente se ha escrito por grandes autoridades acerca de la representación que tienen en la *Divina Comedia* la filosofía y la teología tomistas. El tema es viejo y muy estudiado. Poco será, pues, lo que podrá poner de su propia cosecha el autor de este artículo, que no se ha especializado en los estudios filosóficos.

Dante conocía no solamente los filósofos de la antigüedad clásica, sino los grandes Padres y Doctores de la Iglesia. En su poema cita y muestra conocer más que las de la Iglesia griega, las autoridades de la latina: San Agustín, Boecio, San Gregorio Magno, San Martín de Braga, San Isidoro, Beda, Rabano Mauro, San Anselmo, San Bernardo, Pedro Lombardo, Ricardo y Hugo de San Víctor, y los contemporáneos o más inmediatos a él: Sigiero, San Alberto Magno, Roger Bacon y finalmente, San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino, que fueron sus dos grandes maestros. Recuérdese que Dante se educó en su primera juventud en la escuela del convento de los franciscanos de Santa Croce de Florencia y más tarde en la escuela de frailes dominicos de Santa María Novella, de la misma ciudad.

Las íntimas tendencias de Dante, a juzgar por su poema, le inclinaban más a la doctrina de los místicos y platonícos que a la de los teólogos dogmáticos y de los aristotélicos. La misma concepción de su poema revela una fuerte propensión al misticismo. Y entre las dos escuelas que se disputaban la hegemonía intelectual en aquellos tiempos, la voluntarista o franciscana, fundada en el amor, y la intelectualista o dominicana, fundada en la inteligencia, sus preferencias espontáneas quizá le inclinarían más hacia la primera que hacia la segunda. San Dionisio Areopagita, San Bernardo, Ricardo y Hugo de San Víctor, entre los grandes místicos medievales, debieron de ser maestros de su más fervorosa devoción. Existe en el pensamiento de Dante un fondo contemplativo, ascético y místico que le une con los altos representantes de la Mística católica, en particular la de filiación franciscana. Se ha hecho notar que la *Divina Comedia* en su forma general de una peregrinación de su autor a través de las tres esferas del Otro Mundo hasta el solio del Altísimo, recuerda ciertas obras de San Buenaventura o a él atribuidas, como el *Itinerario del alma a Dios*, *Escala de oro de las virtudes*, *Caminos de la eternidad*. El poema es, en su conjunto y por su misma concepción, de un subido sabor místico. Muchas son las ideas que Dante toma de la escuela mística franciscana. Sobre todo los símbolos y las alegorías de origen bíblico que emplea para dar expresión a sus ideas, se encuentran ya en los tratados místicos de San Juan Damasceno, San Buenaventura, San Dionisio, San Bernardo y Ricardo de San Víctor. De ellos las tomó Dante con idéntica aplicación. Así la representación de Dios ora por una circunferencia inmensa, ora por un punto central en torno del cual gira todo el universo; la comparación de las criaturas a espejos en los que se reflejan los rayos del sol increado; las virtudes teologales representadas por los tres apóstoles San Pedro (la Fe), San Jaime (la Esperanza), San Juan (la Caridad); las dos vidas, activa y contemplativa alegorizada por Lia y Raquel o Marta y María; los símbolos del águila y del león representativos de las dos naturalezas de Cristo; el Edén, figura de la Iglesia militante, etc.

Pero aun reconociendo todo lo que el poema de Dante debe a los grandes místicos de la Iglesia, en particular San Buenaventura, no cabe duda que su pensamiento propiamente filosófico y teológico, en cuanto se traduce en un sistema de ideas, es, en conjunto, de legítima filiación to-

mista. Ya hemos visto en el análisis que hemos hecho de aquellos Cantos del *Paraíso* al principio de este artículo, que la posición de Dante frente a las dos escuelas filosóficas rivales de franciscanos y dominicos, era o, mejor dicho, quería ser ecléctica y conciliadora, pues si por un lado pone la apología de San Francisco en labios de Santo Tomás, por el otro hace de San Buenaventura el panegirista de Santo Domingo. Pero si la escuela mística franciscana dejó marcada su huella en forma difusa y en el campo de las imágenes y sentimientos por toda la extensión del poema, en cambio, son las doctrinas de Santo Tomás las que forman la médula ideológica de toda la concepción dantesca y las únicas enlazadas en un sistema coherente y orgánico, y las que encontramos metódicamente expuestas y razonadas en una multitud de sus páginas. En éstas quedan fielmente reflejadas muchas de las doctrinas fundamentales que el Doctor Angélico sostuvo en las cuatro grandes esferas del conocimiento humano: la ciencia del Ser u Ontología, la ciencia de Dios o Teodicea, la ciencia de los Espíritus o Pneumatología (ángeles y almas separadas del cuerpo) y ciencia del Hombre o Antropología.

El espacio de que disponemos sólo nos permite trazar un breve esquema de las doctrinas tomistas adoptadas y glosadas en el gran poema dantesco. Helo aquí: En el Ser empiezan ya a apuntar los atributos divinos: la unidad, la verdad, la bondad. El mal no es sólo la ausencia del bien; es también su privación y su pérdida. Los principios de causalidad y necesidad, ayudados de la observación y de la experiencia, permiten llegar a la demostración de la existencia de Dios. La indivisibilidad de Dios es el principio generador de todas sus perfecciones: inmutabilidad, eternidad, suma sapiencia, omnipotencia, justicia, belleza, bondad, etc., términos de una ecuación continua que representa bajo nombres diferentes la esencia divina. En la Santísima Trinidad el Padre es la Omnipotencia, el Verbo la Sabiduría, el Espíritu Santo el Amor. En la creación del mundo el Amor determinó a la Omnipotencia a realizar lo que la Sabiduría había concebido. Por esto todas las cosas, por el solo hecho de existir, llevan un vestigio del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, vestigio más marcado en las criaturas inteligentes y, entre los hombres, en las almas más perfectas. Todo lo que en la *Divina Comedia* hace referencia a los ángeles y a las

almas separadas de los cuerpos es reflejo de las doctrinas de Santo Tomás. En cuanto al hombre, Dante sigue fielmente las ideas tomistas, de origen aristotélico muchas de ellas. Así la definición del hombre como un compuesto de cuerpo y alma; la división de las actividades del ser humano en nutritiva, sensitiva y racional; o en aprehensiva, o sea, el intelecto activo o pasivo, y apetitiva, o sea, el apetito natural (que se ignora a sí mismo), el sensitivo (irascible y concupiscible) y el racional, que es a voluntad. A estos tres apetitos corresponden tres especies de amor. La voluntad recibe de Dios el impulso hacia el bien, esto es, la felicidad; pero los medios para llegar a él están dejados al libre arbitrio. Este, que es propio y esencial de todas las naturalezas inteligentes, elige entre el pecado y la virtud. El apartamiento del pecado y la adquisición de la virtud han de ser no sólo obra individual, sino obra común a todos los hombres y por esto han de realizarse en el seno de la sociedad y, por consiguiente, bajo el imperio de las leyes. La razón divina es donde reside la ley eterna y soberana que regula las relaciones de las cosas y las ordena a su fin. De ella emana la autoridad de las leyes humanas, justas y obligatorias siempre que no rebasen los límites del poder, redunden en bien de la comunidad y distribuyan equitativamente los derechos y los deberes. La equidad política es la consecuencia de la fraternidad natural. El dogma de la inmortalidad futura y la definición del hombre como un compuesto de alma y cuerpo son las dos premisas que llevan a la conclusión de la resurrección de la carne.

Todas estas doctrinas tomistas se hallan o expuestas o indicadas o reflejadas en una multitud de pasajes del gran poema dantesco. Santo Tomás encontró providencialmente en el gran poeta florentino un pregonero ideal que divulgó sus doctrinas por el mundo civilizado con la irresistible sugestión que ejerce la belleza en el corazón humano. Tuvo Dante el genial secreto de prestar a la luz austera del pensamiento filosófico del gran Maestro de Aquino aquella irradiación esplendorosa que posee la luz de la poesía; y así aquel pensamiento pudo extender rápidamente su imperio por el mundo y difundirse a través de los siglos para alumbrar las futuras generaciones.

Manuel de Montoliu

de la Real Academia de Buenas Letras

A sí como puede decirse que no tiene noticia exacta de un país lejano quien no conoce su disposición y ha vivido en él por algún tiempo, así nadie podrá adquirir conocimiento exacto de Dios solamente con la diligente investigación teológica, si además no está en perfecta unión con Dios. **Y a esto precisamente tiende la teología de Santo Tomás, a conducirnos a vivir una vida íntima con Dios.**

Pius XI, Enc. Studiorum Duce

SANTO TOMÁS

MAESTRO DE LOS HOMBRES DE CIENCIA

UN INGENIERO PORTUGUÉS HABLA DE SANTO TOMÁS EN EL SEMINARIO DE PORTO

Fragmento de la conferencia inédita *Duas metafísicas: S. Tomaz, Descartes*, dada por el Ingeniero Manuel Corrêa de Barros, en el Seminario de Teología de Porto, y comunicada expresamente para ser publicada en CRISTIANDAD.

EL GRAN MÉRITO DE SANTO TOMÁS

No se nota, en la metafísica de Santo Tomás, la intención apologética que Descartes manifiesta en la suya, y que se encuentra también, más verdadera tal vez, en la obra de Pascal.

Por intención apologética entiendo aquí la intención directa de convencer. Santo Tomás también quería convencer. Basta ver los títulos de algunas de sus obras: la "Suma contra los gentiles", el opúsculo "Contra los errores de los Griegos", las "Cuestiones disputadas". Mas su intención primaria es siempre la de establecer la doctrina verdadera; la de convencer es indirecta.

Filosofar, para Santo Tomás, es una cosa muy seria. No se contenta con facetas brillantes; procura lo que es sólido, firme. Nunca defiende una opinión que no considere verdadera hasta la médula. Para él, una opinión no es una trinchera, que sea preciso atacar o defender por consideraciones de orden táctico; una opinión es verdadera, o falsa, o dudosa. Si la considera verdadera la defiende; si la juzga errónea, la combate; si la encuentra dudosa, procura estudiarla. Y lo hace siempre con una magnífica objetividad.

Santo Tomás es verdaderamente filósofo, y eminentemente creyente. Busca la verdad confiando en que, en ella, encuentre a Dios. No teme que ningún camino nos conduzca a una conclusión válida que sea contraria a la fe. Si la Revelación es verdadera, como cree apoyado en la razón, el mundo, obra de Dios, no puede contradecirla. Son suyas estas palabras: "Si algo se encuentra en los dichos de los filósofos que sea contrario a la fe,

esto no es filosofía, sino más bien abuso de la filosofía, debido a la deficiencia de nuestra razón. Luego es posible, *por los principios mismos de la filosofía*, rebatir esta clase de errores: ya mostrando que son absurdos, ya por lo menos que lo que se nos objeta no es de ningún modo necesario" (1).

Por todo lo dicho, la metafísica de Santo Tomás sobrevivió al prestigio de Aristóteles; sobrevivió a la escuela filosófica a que Santo Tomás pertenece; sobrevivió a la física en que buscaba sus ejemplos; y sobrevive al lenguaje que Santo Tomás empleaba, lenguaje que facilita la exposición rigurosa de sus raciocinios, pero sin el cual su sistema se mantiene en pie, como puede verse, por ejemplo, por el libro admirable de Sertillanges "Les grandes thèses de la Philosophie Thomiste", escrito enteramente en lengua moderna. Por todo esto, el tomismo realiza el ideal condensado en el nombre de *Filosofía Perenne*.

FILOSOFÍA PERENNE

Una prueba real de lo que estoy diciendo la da Santo Tomás en la controversia levantada en su tiempo acerca de la filosofía de Aristóteles. Llegada al mundo cristiano por intermedio de los árabes, el aristotelismo aparecía como opuesto a la fe. Formáronse, respecto a él, dos campos. Unos querían enseñarlo como la verdad teológica, sin preocuparse por

(1) *Super Boetium de Trinitate*. Q. 2. art. 3 «Si quid autem in dictis philosophorum inveniatur contrarium fidei, hoc non est philosophia, sed magis philosophiæ abusus ex defectu rationis. Et ideo possibile est ex principiis philosophiæ hujusmodi errores refellere: vel ostendendo omnino esse impossibile, vel non esse necessarium.»

las contradicciones (2); otros, en cambio, querían condenarlo como herético. Santo Tomás hirió de muerte la primera opinión, en una lucha en la que se empeñó hasta lo más íntimo del alma (3); mas no por eso aceptó la segunda. Estudió en las fuentes la filosofía de Aristóteles; consiguió, dentro de la lógica del sistema, refutar lo que parecía contra la fe; el aristotelismo pudo entrar en las escuelas católicas sin contradicción y sin claudicaciones.

Evitó así la crisis que debía producirse cuatrocientos años más tarde cuando los que ocupaban su lugar no supieron tomar una posición idéntica para con la física que nacía. Mas, a este respecto, no puedo hacer mejor que citar un pasaje del libro de Balduin Schwarz llamado "Ewige Philosophie" (Filosofía Perenne). Escribe Schwarz: En una crisis del pensamiento, "lo que siempre es decisivo es que se mantenga o no la continuidad, cuando la novedad es aceptada. Cómo se puede realizar un tal proceso, cuando de ello se encarga un espíritu que tiene al mismo tiempo la

(2) Tesis averroista de la «doble verdad» que expondremos en un número próximo.

(3) Raras veces deja Santo Tomás aparecer su indignación ante la mala fe de los que se obstinan en combatir la verdad como en esta querrela averroista. Copiamos aquí el célebre final de su opúsculo «*De unitate intellectus contra averroistan*»: «He aquí nuestra refutación del error. No está basada en argumentos de fe, sino de razón, y en los escritos de los mismos filósofos.»

Pero si alguno, engreído con su falsa ciencia, quiere contradecir en algo lo que hemos escrito, no vaya haciéndolo por los rincones o ante jóvenes que no saben dilucidar materias tan árdas: antes bien, opóngase por escrito, si se atreve, a lo que antecede y encontrará presto a resistir a su error o ilustrar su ignorancia no sólo a mí, que soy entre todos el más insignificante, sino a muchos otros amantes de la verdad.

fuerza de renovar y la de conservar, puede verse de la manera más grandiosa en el hecho histórico de Santo Tomás de Aquino. La crisis con que comienza el siglo XIII fué de una profundidad que muchas veces no se sabe apreciar. El agustinismo, con su poderosa tradición, vieja de siglos, y principalmente con la historia excepcionalmente intensa de su desarrollo durante los últimos doscientos años antes de Santo Tomás, fué amenazado por la aparición de un movimiento filosófico que se desarrolló primero, durante algún tiempo, paralelamente al agustinismo reinante y asocióse con él de manera más aparente que real; hasta que se manifestó la crisis por la formación del averroísmo latino de Boecio de Dacia y de Siger de Brabante, y por la conquista de la facultad de Artes de la Universidad de París. La recepción de Aristóteles, en el siglo XIII, no es de modo alguno un acontecimiento principalmente literario; no es tan sólo un enriquecimiento de cultura; significa el descubrimiento de una nueva dimensión en la realidad. Aristóteles se remonta de la multiplicidad de las cosas a la unidad de las categorías del ser. Ya esta dirección en el proceso del conocimiento significa una revolución, comparada con el agustinismo platonizante, que pone lo absoluto al principio de este proceso, y toma como tema dominante la procesión de las cosas de Dios y el regreso del hombre a Dios. Sólo por el método se da ya en el aristotelismo una importancia nueva a la esencia de las cosas particulares de la realidad observable. Pero no es esto tan sólo: en manos de los comentaristas árabes, el filósofo griego toma un significado por el cual su doctrina conduce a la independencia del mundo respecto a Dios. La eternidad del mundo es una de las tesis preferidas de los averroístas latinos. Vista de esta manera, la dimensión de la realidad que se revelaba con Aristóteles parecía poner en cuestión la validez de toda la visión del mundo aceptada hasta aquí. El mundo amenazaba fragmentarse. Lo que era antiguo, parecía digno de respeto, pero ineficaz; lo que era nuevo, parecía fascinante, pero demoleedor. El mérito incomparable de Santo Tomás es haberse acercado a la situación intelectual de su tiempo sin otro criterio que el de la verdad. Un acontecimiento básico tal como la revelación de nuevos aspectos de la realidad no se deja dominar por la simple defensa de una tradición, sea cual sea su grandeza y las autoridades en las que se apoya.

Santo Tomás tiene, si vale la frase, la nerviación intelectual necesaria para apartarse del terreno firme del agustinismo. No era su intento pactar con la novedad, ni asociarse a ella, para salvar de ella lo que fuese posible; amaba, simplemente, la verdad, y estaba convencido de su unidad; de esta manera comenzó una gigantesca revisión de su adversario, el aristotelismo anticristiano, y a depurarlo, renovando a Aristóteles; al mismo tiempo que examinaba profundamente la doctrina agustiniana, para finalmente reunirlos todo en la unidad de su magno "*corpus veritatis*". Sin ceder ninguna parcela de verdad, sin pensar nunca en partidos ni escuelas, pronto a aprender de todos, sin olvidar, por causa del conjunto, ningún detalle, y con una visión de conjunto de penetración inigualable, se convirtió en el genio de la *Summa*, una cima de la humanidad, minucioso y de anchos horizontes a la vez; atento a todos los matices y con los ojos, sin embargo, siempre fijos en el *totum*; de andar tranquilo pero nunca vacilante, y que nunca se dejaba desviar por lo accidental.

Tal vez ninguna crisis espiritual haya sido superada hasta ahora de un modo tan claro, tan sencillamente convincente, tan general y tan poderoso. Sin el hecho intelectual de Santo Tomás el Occidente habríase tal vez dividido espiritualmente dos siglos antes, habría perdido la unidad interna, porque ya no comprendería la unidad del ser. Pero así, todo fué reducido a un cuadro comprensivo, en el cual lo que se conocía hasta entonces ocupaba su lugar propio, tenía su peso como le correspondía y en el que era clara su ligazón y a la vez su diversidad con respecto a todo lo demás.

Santo Tomás puede considerarse el tipo clásico del auténtico libertador, en una crisis intelectual. Representa, en la historia del espíritu, las fuerzas del bien, verdaderamente vivas, que el hombre despierta en sí mismo cuando acepta en su vida algo que al principio le parecía amenazador; fascinador, pero peligroso; y, con fuerza vital atenta y pronta, asociando valor y respeto, eleva la línea de su vida, no pierde nada de lo que tiene un valor, antes lo fortalece; no aparta medrosamente nada de lo que es nuevo, sino que va a su encuentro, hace frente a su impetu, domina su poder de fascinación, transfórmalo en fuerza de verdad, lo convierte en parte de sí mismo o de su Universo. Es en Santo Tomás en quien debemos pensar y en el pacífico vigor de su hecho intelectual,

no en cualquier revolucionario del campo del espíritu, vanidoso e irresponsable, para capacitarnos de la significativa verdad del célebre aforismo de Nietzsche: ¿Cuánta verdad comporta, cuánta verdad es capaz de osar un espíritu? Esto es para mí, cada vez más, la verdadera medida del valer. El error no es ceguera, es cobardía... cada conquista, cada paso en el terreno del saber resulta del valor, del dominio de sí mismo, de la sinceridad para consigo mismo..." (5).

CONCLUSIÓN

Estas palabras son lo más oportuno posible en estos tiempos en que una gran masa de conocimientos científicos, unos especulativos, experimentales otros, esperan el momento de ser asimilados por la metafísica; no por adición o yuxtaposición, sino de la manera como nos asimilamos los alimentos, de los que transformamos en substancia propia lo que es aprovechable para nuestro cuerpo. El prestigio del tomismo depende de nuestra manera de proceder a este respecto; digo "nuestra" porque Santo Tomás no es tan sólo el maestro de los filósofos católicos, debe serlo también de todos los católicos que nos dedicamos al estudio. Tenemos que observar, pensar y hablar de frente, sin temores y con plena confianza en la unidad de la verdad. Esta no admite contradicciones, mas sólo considera contradicción la oposición directa, en el mismo campo y bajo el mismo respecto. Tenemos que huir de las oposiciones o de las concordancias simplemente aparentes, verbales, debidas a que unas mismas palabras son usadas muchas veces, con sentidos diferentes. Debemos recordarnos de la célebre frase de Aristóteles, maestro de Santo Tomás: "Soy amigo de Platón, pero más amigo de la verdad"; de que Santo Tomás, no por palabras, sino por actos, se declaró también amigo de Aristóteles, pero más amigo de la verdad. Este es el verdadero espíritu; gracias a Dios, no tan infrecuente entre los tomistas de nuestro tiempo; pero es preciso que sea el de todos nosotros. El progreso de la ciencia es un largo combate, paciente y oscuro; tenemos que tomarlo en serio, con la lealtad ante los hechos que caracteriza a los sinceros. Sólo así nos podremos considerar discípulos de Santo Tomás de Aquino.

Manuel Corrêa de Barros

(5) Baldwin Schwarz, «Ewige Philosophie» Leipzig, 1937.

EL MANIQUEISMO

A TODOS LOS DEMAS ERRORES SOBREPUIA EL DE LOS MANIQUEOS

En primer lugar, redujeron el primer origen de las cosas no a uno, sino a dos principios creadores, de los cuales decían que uno era autor del bien y el otro autor del mal. En segundo lugar, erraron en lo concerniente a la naturaleza de ambos principios, que tuvieron por corporales; diciendo que el autor del bien era cierta luz corpórea, infinita, dotada de capacidad intelectual, y que el autor del mal eran ciertas tinieblas corporales, infinitas también. En tercer lugar, y a consecuencia de esto, erraron sobre el gobierno de las cosas: constituyéndolas a todas, no bajo un solo principio, sino bajo principios contrarios.

Estas cosas que acabamos de decir contienen manifiesta falsedad, como puede verse considerándolas una por una.

Primeramente, es de todo punto irracional suponer un primer principio del mal contrario del Sumo Bien. Nada en efecto puede ser activo sino en cuanto está en acto; ya que la actualidad de un ser es la razón de que actúe. Ahora bien; llamamos "bueno" a algo cuando ha alcanzado la actualidad y perfección que le son propias; "malo" cuando está privado del acto y perfección que le competen. Así, vgr. la vida es el bien del cuerpo, porque el cuerpo vive a causa del alma que es su acto y perfección; y es mal del cuerpo la muerte, porque le priva del alma.

Así pues, nada produce ni es producido sino en cuanto es bueno: en cuanto algo es malo, en cambio, es deficiente en ambos aspectos.

Por ejemplo: decimos que una casa está mal hecha cuando no alcanza la debida perfección; y decimos que un constructor es malo si posee deficientemente el arte de edificar.

Por consiguiente: el mal como mal ni tiene ningún principio activo ni puede ser tampoco principio activo, sino que se sigue de la deficiencia de algún agente.

(Tratado "De substantiis separatis,

seu de Angelorum natura, ad fratrem Reginaldum". Opus 15).

... YA QUE ENTRE TODOS LOS HEREJES SON LOS QUE MAS HONRA DAN AL DIABLO

...Después muestra cuál sea esta falsa doctrina, y toca el error de los Maniqueos, que condenan el matrimonio, contra aquello de San Mateo: "lo que Dios unió, no lo separe el hombre", o de I. Cor. "la mujer no peca, si se casa".

Los Maniqueos prohíben asimismo el uso de la comida, es decir, mandan abstenerse de comida. Pero, si de la comida puede uno abstenerse lícitamente (si lo hace con intención de domar su carne, como dice el apóstol: "si el que yo coma carne escandaliza a mi hermano, no comeré carne en mi vida" (I. Cor), puede también uno abstenerse ilícitamente: ya sea por causa del precepto legal, como si se hubiera de guardar todavía la Ley (y contra esto se habla en Gal. 2); ya según la herejía de los Maniqueos; es decir, no porque la Ley antigua (que ellos no admiten) lo prohíba, sino porque dicen que en las carnes, huevos, vino, etc., están mezcladas partículas de la divinidad, lo que no puede decirse de Dios...

Y a estos Maniqueos les llama "demonios" porque, entre todos los herejes son los que más honra dan al diablo, al equipararlo al Dios Bueno, poniéndolo como primer principio de las cosas visibles.

(In Iam ad Timoteum, Cap. IV, Lect. 1.º).

MIENTEN, AL AFIRMAR QUE EL MUNDO CORPORAL NO PERTENECE A CRISTO

En cuanto a la distinción de las cosas hay que saber que algunos, como los Maniqueos, erraron diciendo que los cuerpos terrenos, por ser corruptibles, habían sido hechos por un Dios malo; los celestiales e incorruptibles, en cambio, por el Dios bueno. Padre

de Cristo. Pero mienten, ya que en Cristo han sido creados unos y otros.

(Ad Coloss. Cap. I, Lect. 4).

NO ES PUES DE EXTRAÑAR LA INFLUENCIA JUDIA EN LA HEREJIA ALBIGENSE

"Si se conociese bien la verdad — dice el rabino Lewis Brown en su *Stranger than fiction*, página 222—, probablemente se sabría que los instruidos judíos de Provenza eran en parte responsables de la existencia de esta secta de librepensadores, los albigenses. Las doctrinas que los judíos habían esparcido por las naciones durante varios siglos no podían menos de minar el poder de la Iglesia" Los escritores judíos se vanaglorian generalmente de la participación que los judíos tuvieron alentando el desarrollo de las herejías contra la Iglesia católica. "En esencia, la herejía — dice I. Abraham en *Jewish life in the Middle Ages*— era una vuelta al Viejo Testamento y hacia los ideales de los judíos. Es indudable que las doctrinas heréticas de los albigenses del sur de Francia, en el comienzo del siglo XIII, y de los husixtas en el XV, eran, en gran parte, el resultado de las relaciones entre los cristianos y los judíos instruidos".

(Citado por Th. Walsh. "Isabel de España").

... SOBRE LA QUE CAEN LOS ANATEMAS DEL III CONCILIO DE LETRAN (1215)

Creemos firmemente y confesamos simplemente que no hay más que un único Dios verdadero, eterno, inmenso, todo poderoso, inmutable, incomprendible e inefable, Padre, Hijo y Espíritu Santo; tres personas pero una esencia, substancia o naturaleza enteramente simple. El Padre no es de nadie; el Hijo es sólo del Padre; el Espíritu Santo, del uno y del otro, siempre, sin comienzo ni fin. El Padre engendrando, el Hijo naciendo, el

Espíritu Santo procediendo; consubstanciales y coiguales, coomnipotentes y coeternos; un mismo principio de todas las cosas, creador de todas las cosas invisibles y visibles, espirituales y corporales, el cual por su poder omnipotente, en el principio, ha sacado a la vez de la nada una y otra creatura, la espiritual y la corporal, esto es la de los ángeles y la del mundo, a continuación la del hombre que, compuesto de alma y cuerpo, participa de las dos. Pues al diablo y a los demás demonios, los ha creado Dios buenos en su naturaleza, siendo por sí mismos que han venido a ser malos. En cuanto al hombre, ha caído por la sujeción del diablo.

Esa Santísima Trinidad, indivisible en cuanto a la esencia común, pero distinta en cuanto a las propiedades personales, ha dado la doctrina de la salvación al género humano valiéndose de Moisés, de los santos Profetas, de acuerdo con una sapientísima distribución de los tiempos; y finalmente el Hijo único de Dios, Jesucristo, encarnado en común por toda la Trinidad, concebido de María siempre virgen por la cooperación del Espíritu Santo, hecho verdadero hombre, compuesto de alma racional y carne hu-

mana, una persona en dos naturalezas, ha mostrado de un modo manifiesto el camino de la vida. Inmortal e impassible en cuanto a su divinidad, se ha hecho pasible y mortal, permaneciendo él mismo, en cuanto a su humanidad; además, habiendo sufrido y muerto sobre el leño de la cruz por la salvación del género humano, ha descendido a los infiernos, ha resucitado de entre los muertos y ha subido al cielo. Ha descendido en espíritu y ha resucitado en la carne, ha subido al cielo en uno y otra, para volver al fin del mundo a juzgar a los vivos y a los muertos, otorgándole a cada uno según sus obras, tanto a los réprobos cuanto a los escogidos. Los cuales, sin excepción, resucitarán con sus propios cuerpos, que tienen al presente, a fin de recibir, según sus merecimientos, buenos o malos, aquéllos la eterna gloria con Cristo, éstos la condenación eterna con el demonio.

No hay más que una sola Iglesia universal de fieles, fuera de la cual nadie se salva. Jesucristo es en ella, en persona, el sacerdote y la víctima; su cuerpo y sangre están verdaderamente contenidos en el Sacramento del altar, bajo las especies del pan y del vino, siendo el pan transubstancia-

do en el cuerpo y el vino en la sangre de Jesucristo, por la omnipotencia divina, a fin de que, para perfeccionar el misterio de la unidad, recibamos de él lo que él ha recibido de nosotros. Y este Sacramento no puede darse sino por ministerio del sacerdote ordenado legítimamente, según las llaves de la Iglesia, concedidas por Jesucristo a los Apóstoles y sus sucesores.

El Sacramento del Bautismo, consagrado en el agua con la invocación de la indivisible Trinidad, a saber, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y conferido exactamente en la forma de la Iglesia, por quienquiera que sea, aprovecha para la salvación, tanto a los niños como a los adultos. Y si, después del bautismo, cae uno en pecado, puede en todo momento ser rehabilitado por una verdadera penitencia. No solamente las vírgenes y quienes practican la continencia, sino también las personas unidas en matrimonio, siempre que se hagan agradables a Dios por la fe y las buenas obras, merecen alcanzar la eterna bienaventuranza.

(CANON PRIMERO de dicho Concilio).

Oh Dios de mis padres y Señor de misericordia, que hiciste todas las cosas por medio de tu Verbo... dame aquella sabiduría que asiste a tu trono... para que esté conmigo y conmigo trabaje, y sepa yo lo que te place... Porque, ¿quién de los hombres podrá saber los consejos de Dios, o quién podrá averiguar lo que Dios quiere? Porque tímidos son los pensamientos de los mortales, e inciertas o falaces nuestras providencias, pues el cuerpo corruptible apesga al alma, y este vaso de barro deprime la mente ocupada en muchas cosas. Difícilmente llegamos a formar concepto de las cosas de la tierra, y a duras penas entendemos lo que tenemos delante de los ojos ¿quién podrá pues investigar aquéllas que están en los cielos? Y sobre todo ¿quién podrá conocer Tus designios, si Tú no les das sabiduría y no les envías desde lo más alto de los cielos Tú Santo Espíritu?

Libro de la Sabiduría, cap. IX

EL PARTIDO DEL PAPA

En su luminosa encíclica *Sapientiae Christianae*, Su Santidad el Papa León XIII al tratar de la obediencia a la Iglesia y el Romano Pontífice, señala la característica esencial de dicha obediencia, que ha de ser "absoluta y enteramente perfecta" para que verdaderamente responda al nombre de tal, y cita las siguientes palabras de Santo Tomás de Aquino:

"El formal... objeto de la fe es la primera verdad, en cuanto se revela en las Sagradas Escrituras y en la doctrina de la Iglesia, que procede de la primera verdad. Luego todo el que no se adhiere como a regla infalible y divina a la doctrina de la Iglesia, que procede de la primera verdad manifestada en la Sagrada Escritura, no tiene el hábito de la fe, sino lo que pertenece a la fe lo abraza de otro modo que no es por la fe... Y es claro que aquel que se adhiere a las enseñanzas de la Iglesia como a regla infalible, da asentimiento a todo lo que enseña la Iglesia; porque de otro modo, si en lo que la Iglesia enseña abraza lo que quiere y lo que no quiere no abraza, ya no se adhiere a la doctrina de la Iglesia como a la regla infalible, sino a su propia voluntad".

* * *

Un reputado escritor cuyo seudónimo nos recuerda la ciudad que fué cuna de uno de los más grandes imperios que ha conocido el mundo, hablaba recientemente sobre un tema que tanto por su enunciado como por la forma de desarrollarlo, tuvo que llamar forzosamente nuestra atención desde el primer instante. Trataba dicho escritor, del Papa; del "partido" del Papa y de la paz del Papa; de la autoridad del Sumo Pontífice "en este momento"; de la defensa, "en estos momentos", de la libertad y del honor de los hombres y de los pueblos; de que el "partido" del Papa es un gran partido; y de otros varios aspectos que a pesar de merecer igualmente todo nuestro interés, no podemos entretenernos en detallar.

Y bien, ¿qué es el "partido" del Papa? ¿Existe realmente tal "partido"? Y en caso afirmativo ¿en qué consiste?

Resulta sumamente extraño que se hable de un "partido" del Papa como de un movimiento que acalase de ser fundado; como de algo cuya virtualidad estuviese íntimamente ligada con el hecho de la presente guerra mundial; como si este partido tuviese como única y exclusiva doctrina los mensajes que el actual Pontífice, felizmente reinante, Pío XII, ha dirigido al mundo durante las Navidades de estos últimos años.

Nada más lejos de la realidad. Recordemos en primer lugar, para evitar deplorables confusionismos, que el "partido" del Papa, es el partido de la Iglesia, y que no podemos separar según nuestro entender, esta íntima e indisoluble conexión entre el Sumo Pontífice y la sociedad espiritual por él regida. Ya su Santidad León XIII afirmaba que no "es permitido a cada uno vivir a su antojo o escoger el modo de pelear que más le agrade, porque desparrama y no recoge el que no recoge con la Iglesia y con Jesucristo, y en realidad pelean contra Dios todos los que no pelean con Él y con la Iglesia. (Enc. *Diuturnum*)".

En realidad todos los que por la gracia de Dios somos cristianos, militamos de hecho en este gran partido cuyo jefe supremo es el Vicario de Jesucristo, pues, que "al abrazar el hombre, como es deber suyo, la fe cristiana, por el mismo caso se constituye en súbdito de la Iglesia, como engendrado por ella, y se hace miembro de aquella amplísima y santísima sociedad, cuyo régimen, bajo su cabeza invisible, Jesucristo, pertenece, por deber de ofi-

cio y con potestad suprema, al Romano Pontífice". (Enc. citada).

El partido del Papa, por consiguiente, no es hoy ninguna extraña novedad; existe desde el primer día de la Iglesia, y ningún cristiano puede estar ausente del mismo, sin dejar de ser tal.

No comprendemos tampoco que se pueda exclamar: "Nadie tiene en este momento la autoridad del Papa Pío XII". ¿Es que ha habido "otro momento", en que *alguien* haya podido situarse en un plano de autoridad superior al de los Romanos Pontífices? Y sigue: "Y esta autoridad viene de Dios". ¡Grandiosa novedad!; pero no olvidemos que, son palabras de la Encíclica *Immortale Dei*, "toda potestad, cualquiera que sea y dondequiera que resida, proviene de su suprema y augustísima fuente, que es Dios".

"Toda potestad viene de Dios", había dicho ya el Apóstol, ¿y cómo no vendría de Dios la potestad del Papa, Vicario de Jesucristo en la tierra y Pastor visible de su Iglesia?

Verdad es que nadie defiende como el Papa la libertad y el honor de los pueblos, pero no solamente en nuestros días; múltiples ejemplos podríamos citar para demostrar hasta que punto la Iglesia se ha constituido siempre en defensora de la libertad de los pueblos y de los ciudadanos. Pero cuidado, nuevamente, con el confusionismo, desgraciadamente tan corriente, al hablar de libertad; sobre todo en estos momentos, es muy necesario precisar bien los conceptos, para no crear un estado de desorientación entre los fieles. Una vez más las propias palabras de León XIII nos servirán para aclarar esta cuestión:

"Si atienden los católicos cuál conviene a nuestras enseñanzas, fácilmente entenderán los deberes de cada uno, ya por lo que toca a las *opiniones*, ya por lo que se refiere a los *hechos*. Y por lo que toca a las opiniones, es de toda necesidad estar firmemente penetrados, y declararlo en público siempre que la ocasión lo pidiese, de todo cuanto los Romanos Pontífices han enseñado o enseñaren en adelante. Y particularmente, *acerca de esas que llaman libertades, inventadas en estos últimos tiempos, conviene que cada cual se atenga al juicio de la Sede Apostólica*". (Enc. *Immortale Dei*).

Y de un modo terminante en la Encíclica *Libertas*, afirma el Papa: "No es lícito de ninguna manera pedir, defender, conceder la libertad de pensar, de escribir, de enseñar, ni tampoco la de cultos, como otros tantos derechos dados por la naturaleza al hombre".

No podemos extendernos más sobre tan importantísimas cuestiones. Sirvan estas mal trazadas líneas, para reafirmar la necesidad que cuando se traten materias tan delicadas como son todas las que atañen a la Iglesia y al Vicario de Jesucristo, no se olviden las enseñanzas—siempre las mismas—por medio de las cuales los Romanos Pontífices instruyen al pueblo cristiano, evitando divagaciones innecesarias que aun cuando puedan resultar agradables a los que las leen, son propicias a desfigurar la verdadera naturaleza de las cosas. Y recordemos las palabras del Doctor Angélico reproducidas en el comienzo de este artículo: "aquel que se adhiere a las enseñanzas de la Iglesia como a regla infalible, da asentimiento a todo lo que enseña la Iglesia; porque de otro modo, si en lo que la Iglesia enseña abraza lo que quiere y lo que no quiere no abraza, ya no se adhiere a la doctrina de la Iglesia como a la regla infalible, sino a su propia voluntad".

José-Oriol Cuffí Canadell

Cuevas de Artá

MALLORCA



●

Múltiples son las
bellezas con que
dotó Dios a esta
privilegiada Isla, de
todas sobresale una
por su magnificencia:

Las maravillosas Cuevas de Artá

Hilaturas Castells S. A.



Federico Soler, 15

TARRASA

SALA Y BADRINAS

TEJIDOS DE LANA



Despacho en Barcelona: Caspe, 33 B - Fábrica en Tarrasa: Prim, 59

*Fabricación de altas fantasías
en lanería para caballero*

M. COROMINAS, S. A.

CASA FUNDADA EN 1820



SABADELL